

ARTÍCULOS

LA OLEADA REVOLUCIONARIA LATINOAMERICANA CONTEMPORÁNEA, 1959-1996. DEFINICIÓN, CARACTERIZACIÓN Y ALGUNAS CLAVES PARA SU ANÁLISIS¹.

Alberto Martín Álvarez
Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora
amartin@institutomora.mx

Eduardo Rey Tristán
Universidad de Santiago de Compostela
eduardo.rey@usc.es

Resumen: La renovación de los estudios acerca de las movilizaciones revolucionarias en América Latina, por distintas razones, ha cobrado un nuevo impulso en la última década, al igual que, por otros motivos lo ha hecho la literatura relativa a la violencia política en general y al terrorismo internacional en particular, sobre todo en el ámbito anglosajón. Estos últimos han realizado aportes teórico-metodológicos de singular importancia, si bien han vivido de espaldas a las experiencias de movilización y violencia latinoamericanas. Los primeros en cambio raramente incorporan aquellas herramientas en sus investigaciones. En este trabajo intentamos superar algunas de estas limitaciones al reflexionar acerca del carácter de la oleada revolucionaria que se desarrolla en América Latina a partir de 1959, centrando su definición y caracterización a partir de referencias clave de la literatura internacional en los últimos años; reevaluando las periodizaciones establecidas para ella con el ánimo de fijar criterios que superen las limitaciones de los utilizados hasta el presente; y reflexionando acerca de algunos de esos aportes teóricos que estimamos de especial interés para el tema que nos ocupa, como es el caso del enfoque generacional, que insertamos además en el marco de la política contenciosa. Con ello esperamos contribuir a la definición y caracterización de la oleada de movilización revolucionaria en América Latina a partir de 1959, así como mostrar algunas claves de análisis que consideramos relevantes en futuras investigaciones.

Palabras clave: Oleada revolucionaria, movimientos revolucionarios, enfoque generacional, América Latina 1959-1996.

Title: THE CONTEMPORARY LATIN AMERICAN REVOLUTIONARY WAVE, 1959-1996. DEFINITION, CHARACTERIZATION AND SOME CLUES FOR ANALYSIS.

¹ Este artículo refleja el resultado de un proceso de plena cooperación entre ambos autores. El orden en el que aparecen sus nombres no representa su aportación a este trabajo. Ha sido realizado en el marco del proyecto de investigación INCITE09-210-098PR, financiado por la Dirección Xeral de Investigación e Innovación de la Xunta de Galicia.

Recibido: 12-09-2012
Aceptado: 06-10-2012

Cómo citar este artículo: MARTÍN ÁLVAREZ, Alberto y REY TRISTÁN, Eduardo. La oleada revolucionaria latinoamericana contemporánea, 1959-1996. Definición, caracterización y algunas claves para su análisis. *Naveg@mérica. Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas* [en línea]. 2012, n. 9. Disponible en <<http://revistas.um.es/navegamerica>>. [Consulta: Fecha de consulta]. ISSN 1989-211X.

Abstract: The renewal of the studies about the revolutionary mobilizations in Latin America, for various reasons, has gained new momentum in the last decade, as well as for other reasons so has the literature on political violence in general, and particularly on international terrorism, especially by Anglo-Saxon scholars. These have made theoretical and methodological contributions of singular importance, although they have lived with their backs to the experiences of Latin American mobilization and violence. The former, in contrast, rarely have made use of these tools in their research. In this work we try to overcome some of these limitations in reflecting on the nature of the revolutionary wave that developed in Latin America since 1959, focusing its definition and characterization from key international references of the international literature in recent years; reassessing periodizations set for it with the aim of setting criteria that overcome the limitations of those used to the present, and reflecting on some of these theoretical contributions of particular interest to the issue at hand, such as the generational politics approach, and the contentious politics approach. With this we hope to contribute to the definition and characterization of the wave of revolutionary mobilization in Latin America since 1959, as well as show some clues for analysis that we consider relevant for future research.

Keywords: Revolutionary wave, revolutionary movements, generational politics, Latin America 1959–1996.

En la última década los estudios acerca de las movilizaciones revolucionarias que tuvieron lugar en América Latina a partir de 1959 han tomado un nuevo impulso. Anteriormente, y con pocas excepciones, la mayor parte de la producción bibliográfica existente a nivel nacional –con diferentes grados de desarrollo según el país– había sido obra de protagonistas de los hechos (memorias, testimonios, entrevistas, entre los formatos más comunes) o bien de periodistas o analistas de primera hora que se habían acercado a narrar aquellos sucesos, protagonistas y experiencias que sorprendían o sacudían a las sociedades donde se desarrollaban.

Recientemente, en cambio, y de forma creciente, la academia se ha acercado a estas experiencias. Historiadores, politólogos y sociólogos sobre todo, comienzan a investigar y publicar acerca de la violencia revolucionaria en las sociedades latinoamericanas a partir de los años sesenta. Se busca tanto el conocimiento y análisis de aquellos hechos como la comprensión de la evolución política y social de los distintos países, poniendo el foco de la atención sobre todo en su izquierda, sus experiencias, su movilización y su transformación posterior a la competencia político-electoral desde posiciones más radicales y alejadas de la democracia tal y como se concibe en estos momentos. La distancia con ese pasado, la consolidación democrática, la generalización de los debates en torno a la memoria o el avance en las reclamaciones por las violaciones de derechos humanos cometidas, entre otros elementos, han puesto de manifiesto un interés colectivo en torno a aquellos años, marco en el que hay que comprender este interés renovado de la academia por el tema.

Cabe señalar que este tipo de trabajos no son nuevos, y ya había habido aportes previos de gran interés, en ocasiones vinculados al final de los procesos dictatoriales o el final de ciertos conflictos civiles en los ochenta y noventa, y cuyo foco de atención se centraba sobre todo en la comprensión del proceso de deterioro institucional previo que derivara en la involución democrática, así como en los grupos revolucionarios que protagonizaran políticamente los años previos a aquellas dictaduras. En todo caso, la existencia de trabajos destacados en algunos países en los ochenta y primeros noventa, no implica que fuesen protagonistas de los

esfuerzos académicos en su momento.

Por otra parte, los atentados yihadistas de 2001 y siguientes, renovaron el interés internacional –especialmente en el ámbito académico anglosajón, y más concreto estadounidense– por los estudios acerca de la violencia política en general, y del terrorismo en particular². Y ello derivó, en cierta medida, en reflexión acerca de otras formas de violencia política caso de la guerra revolucionaria o la guerrilla, si bien la distinción conceptual entre algunas de estas experiencias no siempre es del todo clara, como veremos.

La literatura generada en torno a la temática cuenta con aportes de indudable interés en torno a la revolución, la movilización social, la violencia política o los movimientos revolucionarios. Pero a pesar de que ambos ámbitos académicos han compartido en la última década objetos de estudio similares, en general y con pocas excepciones, podemos afirmar que han vivido de espaldas y con escasas relaciones³. Para el caso latinoamericano la renovación del interés académico por el tema y la relativa profusión de estudios en estos años –dispar según los países observados–, ha dado lugar a numerosos estudios de caso, descriptivos en ocasiones, analíticos y con mayor profundidad en otras, pero que en general han adolecido de un foco excesivamente restringido y no han ubicado a ese objeto de estudio en una reflexión más amplia acerca del tema global de la violencia política o los procesos revolucionarios contemporáneos, lo que ha llevado generalmente a prescindir de los aportes teóricos ya existentes. Si bien ello no resta brillantez a muchas de las obras publicadas, sí es un obstáculo a la hora de incorporar las experiencias latinoamericanas a los debates académicos internacionales, o de proporcionarnos herramientas útiles para análisis tanto nacionales como regionales comparados, entre otros.

La otra cara de la moneda la representa el ámbito académico anglosajón. Si los primeros no ubicaban sus casos en los temas globales y con perspectivas de análisis desarrolladas y de interés para su propio objetivo, los segundos no han incorporado más que puntualmente las experiencias latinoamericanas a sus investigaciones. Tenemos por tanto estudios de caso sin perspectiva global ni ubicación teórico-metodológica en las respectivas disciplinas a nivel internacional de un lado, y estudios globales que han dado lugar a importantes aportes pero sin presencia más que puntual de las importantes experiencias latinoamericanas de la segunda mitad del siglo XX para este tema de otro; algo a destacar por cuanto hablamos de uno de los lugares de mayor desarrollo de la violencia política del período.

A este panorama aquí brevemente descrito –y que por general quizá pueda resultar injusto con aportes puntuales, sin que ello cambie, en nuestra opinión, la idea global que intentamos transmitir–, queremos añadir otras percepciones

² GUPTA, Dipak K. Terrorism, History and Historians: A View from a Social Scientist. *The Journal of American History*. June 2011, pp. 95-100. DE LA CORTE, Luis. Terrorismo: un campo de estudio en expansión. *Revista de Psicología Social*. 2009, vol. 24, n. 2, pp. 115-118.

³ WICKHAM-CROWLEY, Timothy P. *Guerrillas and Revolution in Latin America. A Comparative Study of Insurgents and Regimes Since 1956*. Princeton: Princeton University Press, 1992. 424 p. ALMEIDA, Paul. *Waves of Protest. Popular Struggle in El Salvador, 1925-2005*. Minneapolis, Minn.: University of Minnesota Press, 2008. 298 p.

puntuales acerca de los estudios sobre la movilización revolucionaria en América Latina desde los años sesenta: se da en ellos un importante nivel de atomización, por cuanto domina el análisis de caso sin que se estos se inserten bien en los estudios de la disciplina por una parte, bien en la movilización general del período en la región, por otra; y en consecuencia de aislamiento, por cuanto son esfuerzos dirigidos sobre todo al ámbito nacional y sin vinculación o diálogo con los que se realizan en otros países por lo general.

Todo ello implica que buena parte de la producción no aporta más que puntualmente elementos de interés a las perspectivas teórico-metodológicas en boga en la actualidad; no contribuye por tanto a generar un corpus académico relevante para el análisis de la violencia política y la movilización revolucionaria en América Latina en el período; no genera ni propicia que se generen estudios comparados a nivel regional; y finalmente, no contribuye a generar ni a facilitar el desarrollo de modelos de análisis específicos que trasciendan más allá del caso o más allá de las fronteras nacionales.

Esta visión sucinta y forzosamente general del estado de los estudios en torno al tema que nos ocupa nos ha llevado en los últimos años a reflexionar en diversas ocasiones sobre cómo contribuir a superar algunas de las limitaciones apreciadas. En esa línea, este trabajo se propone aportar algunos elementos para ello, especialmente en tres ámbitos: en primer lugar, en la definición del objeto de estudio, acotándolo temporalmente y definiendo el tipo de experiencias a considerar cuando hablamos de grupos o movilización revolucionaria. Como se indicará más adelante, estas definiciones han sido en más de una ocasión objeto de debate y han influido en algunas de las obras más relevantes sobre el tema.

En segundo lugar, en la periodización del objeto de estudio. Es cierto que contamos con distintas propuestas e incluso se ha generalizado alguna a este respecto que en algún momento u otro todos los autores hemos asumido en cierto modo acríticamente. Pero recientemente algunos análisis⁴, han puesto de manifiesto las debilidades de la propuesta, por lo que se hace precisa una revisión que parta de una definición clara del objeto de estudio, y que vincule la cuestión con los debates científicos actuales en torno a los ciclos y las movilizaciones revolucionarias, elemento este clave para su comprensión más allá del caso y para cubrir algunas de las carencias señaladas en este tema. En definitiva, si consideramos que las movilizaciones y proyectos revolucionarios que se desarrollan en cada uno de los países del continente desde 1959 y hasta fines de siglo como partes de un todo, es preciso entender qué es ese todo, distinguir sus partes, el papel de estas en el conjunto, así como las relaciones entre ellas y entre cada una y el conjunto. Avanzar de forma sólida en esta cuestión es entonces relevante para comprender el marco en el que situar cada uno de los casos, así como posibles trabajos comparados o regionales futuros, lo que debería contribuir a superar algunas de las carencias señaladas.

En tercer y último lugar, nos interesa dialogar y reflexionar acerca de algunos aportes teóricos de referencia que se han dado en la literatura internacional en los

⁴ BARTOLETTI, Julieta. Organizaciones armadas revolucionarias latinoamericanas: problemas y propuestas de análisis. *Revista Pilquen*. 2011, año XIII, n. 14.

últimos años, por cuanto consideramos son de especial interés para enmarcar los casos latinoamericanos en el debate internacional, para lograr una mejor comprensión de ellos, y para poner de relieve algunas herramientas teórico-metodológicas cuya incorporación a los estudios de caso consideramos podría implicar importantes avance respecto al panorama trazado. Nos referiremos especialmente al enfoque generacional en el análisis de esta oleada revolucionaria, así como de las distintas experiencias que se dieron en ella, insertándolo además en el marco de la política contenciosa.

Con ello esperamos contribuir a una definición y caracterización concluyente acerca de la oleada de movilización revolucionaria en América Latina a partir de 1959, así como mostrar algunas claves de análisis que consideramos relevantes en futuras investigaciones.

1. La oleada revolucionaria

En el año 2004 David C. Rapoport publicaba el que había de ser un influyente trabajo⁵ y en el que se identificaban cuatro oleadas de terrorismo internacional en las sociedades modernas desde el último tercio del siglo XIX: anarquista, anticolonial, de nueva izquierda y la religiosa actual. Si bien en el desarrollo de cada una de esas oleadas, y especialmente de la tercera, prácticamente no se contemplan ni se abordan casos latinoamericanos, como analizaremos más adelante, se propone un concepto de “oleadas” que es de sumo interés para la comprensión global y caracterización de los procesos revolucionarios latinoamericanos a partir de 1959.

“What is a wave? It is a cycle of activity in a given time period –a cycle characterized by expansion and contraction phases. A crucial feature is its international character; similar activities occur in several countries, driven by a common predominant energy that shapes the participating groups’ characteristics and mutual relationships”⁶.

Además de las características señaladas en esta breve definición, Rapoport nos presenta las oleadas como periodos de actividad que tienen como detonante hitos o coyunturas políticas específicas de importancia internacional –eventos desencadenantes– que estimulan la formación de organizaciones armadas. Estas son las protagonistas, y cada una de ellas tiene su propio ciclo vital, normalmente menor que el de la oleada, aunque hay excepciones. La oleada se mantiene mientras tiene capacidad para generar nuevos grupos, y declina cuando esto no se da, siendo diversos los factores que pueden influir en ello. Pero en general, la duración de cada una de las definidas por Rapoport ronda la de una generación, alrededor de cuarenta años, esto es, la franja temporal de un ciclo humano, en el que los sucesos que inspiraron a los padres pierden atractivo para sus hijos⁷.

⁵ RAPOPORT, David C. *Modern Terror: The Four Waves*. En: CRONIN, Audrey K. y LUDES, James M. (eds.). *Attacking Terrorism: Elements of a Grand Strategy*. Washington, D.C.: Georgetown Univ. Press, 2004, pp. 46-73. El argumento de Rapoport está generando un creciente cuerpo de literatura que trata de aplicarlo, revisarlo o ponerlo a prueba. Véase por ejemplo: ROSENFELD, Jean E. (ed.) *Terrorism, Identity and Legitimacy. The four waves theory and political violence*. London: Routledge, 2011. 262 p.; GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo. Las oleadas históricas de la violencia terrorista: Una reconsideración. *Revista de Psicología Social*. 2009, n. 24, pp. 119-137.

⁶ RAPOPORT, David C. Op. cit., p. 47.

⁷ RAPOPORT, David C. Op. cit., pp. 47-48.

Cada oleada se caracteriza por estar guiada por un propósito dominante común que impregna los rasgos así como la relación mutua entre los grupos que participan en la misma. Son impulsadas por tanto por una ideología compartida que tiene capacidad de cruzar las fronteras de los países y los continentes, lo que significa que existe un *ethos* revolucionario común –aunque ello no obste para que tengan también notorias diferencias– que crea vínculos significativos entre los distintos grupos nacionales; vínculos que se intensifican con los contactos y las oportunidades de entrenamiento facilitados por gobiernos u organizaciones aliadas⁸.

La descripción que hace Rapoport de las cuatro oleadas que identifica muestra que hay algunos elementos sustanciales en su identificación y explicación. El primero tiene que ver con cambios en aspectos cruciales como la comunicación y los transportes, claro en el caso de la oleada anarquista y su difusión a fines del XIX, pero que podemos extrapolar también a la tercera y cuarta oleadas por cambios significativos sufridos en esos ítems, si bien con otro perfil y magnitud: en el caso de la tercera cabe señalar el desarrollo pleno de medios de comunicación de masas, que permitieron una mayor, más rápida y más completa difusión de la revolución cubana, por ejemplo⁹; o del transporte aéreo, que facilitó intercambios, desplazamientos, relaciones y procesos de aprendizaje. En la última, no cabe duda que la revolución tecnológica y de las comunicaciones reciente ha sido clave en la difusión, organización y coordinación de los grupos yihadistas.

En segundo lugar, en esa difusión de la identidad colectiva revolucionaria que caracteriza a cada oleada es clave el papel de los promotores, además de los procesos de aprendizaje tanto internos (en cada oleada, con los medios disponibles en su momento) como a lo largo del tiempo (el saber acumulado entre oleadas y tanto para los que promueven como para los que se enfrentan a la acción). Cada oleada genera sus documentos, cuya difusión es clave en el proceso de conformación y desarrollo de sus organizaciones, al tiempo que es la herencia que deja a la siguiente. En todo caso, y si bien todos buscan la revolución, en cada momento ésta se comprende de un modo diferente (incluso dentro de la misma oleada hay propuestas y caminos divergentes), lo que significa que en cada ocasión los revolucionarios deben crear una nueva fuente de legitimidad política¹⁰, elemento clave del *ethos* de cada oleada, y que nos ayuda a comprender sus características básicas.

Las experiencias revolucionarias objeto de estudio en este trabajo se corresponden temporalmente con la tercera oleada de Rapoport, denominada de “nueva izquierda”, si bien este autor no las cita más que de forma marginal, de lo que se deduce que probablemente no las considera parte de ella¹¹. Entiende que el

⁸ *Ibidem*.

⁹ Sobre la difusión de la imagen y el discurso de la revolución entre 1956 y 1959, véase por ejemplo el trabajo de Calvo, donde resalta el papel que los medios de comunicación tanto escritos como hablados jugaron en el conocimiento y repercusión de lo que sucedía en la Sierra Maestra, inicio de la proyección internacional del castrismo (CALVO GONZÁLEZ, Patricia. El proceso revolucionario cubano desde la óptica de la dimensión pública: el papel de los medios de comunicación. En: REY TRISTÁN, Eduardo. y CALVO GONZÁLEZ, Patricia. (eds.). *Actas del XIV Encuentro de Latinoamericanistas españoles. Congreso Internacional 200 años de Iberoamérica (1810-2010)* [CD-ROM]. Santiago: Universidad de Santiago de Compostela, 2010.

¹⁰ RAPOPORT, David C. Op. cit., pp. 48-49.

¹¹ González Calleja (Op. cit.) reorganiza estas etapas, proponiendo cinco una vez subdivide la tercera

evento detonante que estimuló esa oleada fue la guerra de Vietnam y el ejemplo que propició de desafío al que sería el enemigo genérico fundamental de las distintas organizaciones: Estados Unidos, algo matizable según los casos, especialmente en los de Europa occidental. Su declinar se dio en los ochenta a medida que las distintas propuestas eran derrotadas en casi todos los países, aunque subsistiesen casos aislados más allá del fin de la oleada.

Discrepamos notoriamente de Rapoport en este aspecto, lo que igualmente no será obstáculo para que a partir de su propuesta caractericemos como oleada el ciclo revolucionario que inaugura la Revolución Cubana y que se cierra en los años noventa, como explicaremos a continuación. Las razones de nuestra discrepancia nacen de una consideración: como ya hemos defendido en otras ocasiones¹², entendemos que la gran novedad de la izquierda latinoamericana de los sesenta fue la aparición de una nueva corriente, una “nueva izquierda”, que vino a quebrar el tradicional dominio que en ese ámbito político ideológico habían ostentado socialistas y, sobre todo, comunistas. Fue parte de esa corriente general que es claramente identificable y ha sido definida para Europa y Estados Unidos, a pesar de su heterogeneidad¹³. Entre sus características básicas y compartidas destacan sus aspiraciones de transformación social a través de nuevas formas de acción y movilización, su definición en oposición a la izquierda tradicional, el protagonismo que tuvieron en ella grupos sociales principalmente urbanos y con fuerte presencia universitaria, y el que tuviese desde sus propios intelectuales (desde filósofos como Marcuse o Mills, a propagandistas como Fanon o Debray) o líderes revolucionarios como Fidel Castro¹⁴. Esta nueva izquierda estuvo claramente vinculada a los movimientos de liberación del Tercer Mundo, reaccionaba frente al imperialismo, y en ella participaban igualmente marxistas, cristianos progresistas, anarquistas o nacionalistas de diversas posturas. Si por un lado reaccionaban contra los partidos comunistas de línea soviética, por otro, recuperaban lo que Roca¹⁵ llamaba sus abuelos políticos, figuras como Lenin, Trotsky o Rosa Luxemburgo, mezclándolos con antepasados (Marx y Engels), y figuras paradigmáticas de la década de los sesenta: el Che, Lumumba, Camilo Torres, o Ho Chi Minh¹⁶.

En América Latina el detonante del desarrollo de esta nueva izquierda fue sin duda la Revolución Cubana, por cuanto ésta replanteaba cuestiones teóricas y prácticas fundamentales en relación con las posibilidades, la naturaleza, los métodos y la forma de la lucha revolucionaria en el continente. Las condiciones especiales

entre los movimientos anticolonialistas de liberación nacional entre los años cuarenta y mediados de los sesenta, y el ciclo terrorista revolucionario en las sociedades de capitalismo tardío, entre los setenta y ochenta. Los únicos casos latinoamericanos incluidos en esta periodización son la Revolución Cubana y los proyectos foquistas de los sesenta, si bien este autor cita también el caso de los grupos armados urbanos posteriores. Más allá de que estos últimos no cumplan exactamente la periodización propuesta, lo que queda fuera a todas luces (y a lo que no se hace referencia) es a las experiencias revolucionarias latinoamericanas de los setenta y ochenta, numerosas y de especial importancia en algunos casos.

¹² REY TRISTÁN, Eduardo. *La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973*. Sevilla: Universidad de Sevilla – CSIC-EEHA-Diputación de Sevilla, 2005. 472 p.

¹³ GOSSE, Van. *Where the boys are. Cuba, Cold War America and the Making of a New Left*. London-New York: Verso, 1993. 274 p.

¹⁴ SARGENT, Lyman T. *New Left thought*. Homewood (Illinois): The Dorsey Press, 1972.

¹⁵ ROCA, José Manuel (ed.). *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992)*. Madrid: Los libros de la Catarata, 1994. 202 p.

¹⁶ REY TRISTÁN, Eduardo. Op. cit., pp. 57-65.

que dieron pie a su eclosión determinarían también sus características: la nueva izquierda latinoamericana optó de forma clara por la violencia revolucionaria como elemento central de su estrategia, y el primer modelo que adoptó fue el emanado de la experiencia castrista¹⁷.

El recurso a la violencia como principal recurso político no era ni mucho menos nuevo en la historia latinoamericana. Los precedentes los encontramos desde muchas décadas atrás tanto en la propia Cuba como en otros países del continente. Y propuestas políticas que incluyen o tienen como elemento central (o al menos destacado) de su repertorio de acción la violencia, en alguna de sus múltiples expresiones, tienen continuidad aún en nuestros días en el continente.

Pero lo que desencadena el éxito de la Revolución Cubana el primero de enero de 1959 tuvo implicaciones que fueron más allá del tradicional recurso a la violencia que podemos encontrar en muchos momentos de la historia política y social latinoamericana, incluso en algunos países y en los años inmediatamente anteriores al triunfo castrista –caso de Colombia por ejemplo.

Cuba fue el evento desencadenante de una oleada revolucionaria claramente identificable y caracterizable, que afectó a prácticamente todos los países del continente en un momento u otro en las siguientes cuatro décadas, y que se cierra en los años noventa una vez se alcanzan acuerdos de paz en los dos últimos países que sufrieron conflictos socio-políticos que fueron parte de esa oleada (El Salvador en 1992 y Guatemala en 1996). Durante ese tiempo, en todo momento en algún país u otro hubo propuestas revolucionarias activas, más allá de la fortuna o logros de las mismas; y en todos los países en algún momento nos encontramos con propuestas enmarcables en esta oleada, sin que ello implique alcances similares en el desafío que representaron para sus sociedades.

Lo ocurrido en América Latina a partir de 1959 responde plenamente a la propuesta y definición de oleada de Rapoport, por lo que nos valemos de ella para explicar y defender nuestra interpretación. Se trata sin duda de un ciclo de actividad continuado en un período establecido (1959-1996), que como veremos más adelante tuvo fases de contracción y fases de expansión, lo que en este trabajo denominaremos “ondas” siguiendo el concepto propuesto por Sageman¹⁸. Entre sus características principales se cuenta su carácter internacional y el hecho de que hubiese actividad similar –aunque a veces partiendo de propuestas notoriamente diferentes– en diferentes países, los cuales además comparten un espacio geográfico y cultural, y con relaciones históricas sólidas y de largo alcance. Las organizaciones que protagonizaron esta oleada compartieron un *ethos* común que definió en buena medida sus características y sus relaciones, en cuyo centro estuvo

¹⁷ Como veremos, la difusión de las ideas chinas relativas a la guerra revolucionaria primero y las lecturas que también sobre ese tema se realizaron de la guerra de Vietnam, fueron importantes para la definición de estrategias y repertorios de acción a partir de los años setenta en América Latina. Pero a nuestro parecer, no fueron factor detonante en el sentido expuesto por Rapoport. Alimentaron debates sobre la praxis revolucionaria, pero estos y el impulso que los generó ya existían previamente.

¹⁸ SAGEMAN, Marc. *Ripples in the Waves: Fantasies and Fashions*. En: ROSENFELD, Jean E. (ed.). *Terrorism, Identity and Legitimacy. The Four Waves Theory and Political Violence*. London: Routledge, 2011, pp. 87-93.

una interpretación de sus sociedades y una propuesta de acción que aspiraba sin duda a representar una nueva fuente de legitimidad política. Casi todas las organizaciones que compusieron esta oleada circunscribieron su ciclo vital a ella, si bien hubo excepciones de continuidad –que veremos implicaron también propuestas diversas que las distancian del *ethos* señalado–, e incluso reciclaje político de algunas de ellas que las ha hecho protagonistas en un nuevo ciclo político en varios países del continente.

Finalmente, encontramos claramente todos los rasgos señalados por Rapoport referidos a la difusión cultural necesaria para la caracterización e interpretación de las oleadas. Sin duda hubo promotores principales –a escala tanto continental como nacional– que fueron claves en la difusión del *ethos* común, y se dieron procesos de aprendizaje compartidos en los que influyeron los primeros, la producción documental clave para el proceso, y el intercambio necesario para ello. Esos promotores y sus seguidores además fueron conocedores de lo generado en anteriores oleadas, y contribuyeron a formar lo que podemos denominar un “corpus teórico revolucionario” que trascendió al propio ciclo vital de la oleada y que podemos decir que comparte hoy estantería con los que dejaron las anteriores. Inclusive ese fue clave para aquellos grupos –europeos sobre todo– de nueva izquierda que Rapoport sí considera al explicar su tercera oleada¹⁹.

En todo caso, y dado que la violencia política no es excepcional en la historia latinoamericana y no lo fue en los años previos a la Revolución Cubana ni ha dejado de serlo una vez concluido el período aquí delimitado, hay ciertas singularidades que conviene tener en cuenta para completar esta caracterización y que se refieren tanto a la periodización propuesta como a las organizaciones que pueden ser consideradas parte de esta oleada.

En primer lugar, señalamos 1959 como fecha de inicio, lo que a su vez tiene dos implicaciones. Por una parte, la consideración de la Revolución Cubana únicamente como detonante. Efectivamente, la transformación de la izquierda latinoamericana y en concreto la aparición de la nueva izquierda, es efecto de lo ocurrido en Cuba, pero no se había dado antes en la isla. Esto es, la revolución es resultado de un proceso interno con características político-ideológicas particulares, pero no comparte ese *ethos* común al que nos hemos referido: da pie a su desarrollo y contribuye a dotarlo desde el punto de vista político-ideológico, pero en una reconstrucción a posteriori, a partir de 1959, no como aquello de lo que partieron inicialmente los promotores revolucionarios cubanos, que probablemente tiene mucho más que ver con las expresiones del nacionalismo democrático y revolucionario anterior, y otras formas de comprender la violencia en la política que con las que se darán a partir de entonces.

Por otra, la exclusión de propuestas nacidas anteriormente a pesar de que más adelante sí serán consideradas parte de esta oleada. El caso más relevante es el colombiano. La principal organización representativa de los grupos revolucionarios de este país, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), si bien fue creada como tal en 1964 –momento desde el que sí es considerada parte de la

¹⁹ VARON, Jeremy. *Bringing the War Home. The Weather Underground. The Red Army Faction and Revolutionary Violence in the Sixties and Seventies*. Berkeley: University of California Press, 2004. 394 p.

oleada— hunde sus raíces en el ciclo de violencia política previo al castrismo y cuyo detonante fue el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en 1948²⁰, e incluso supera el período vital indicado para la oleada llegando a nuestros días. En todo caso, y sin entrar en debate sobre el carácter del grupo en cada una de sus fases, no cabe duda que la experiencia previa a los sesenta tuvo un perfil notoriamente distinto al definido para esta oleada; y la propuesta que defiende la organización en las últimas dos décadas parece distar ya mucho de la que pudo tener desde 1964. Probablemente desde los años noventa han pasado a ser reflejo de la transformación de un medio en un fin, esto es, de una organización que, como expresa González Calleja²¹ para otro contexto, “ya no emplea la violencia como arma transformadora, sino como coartada para la autoconservación del grupo”.

En segundo lugar, establecemos el año 1996 —acuerdos de paz en Guatemala y abandono de las armas de la última organización considerada— como fecha representativa para el cierre de la oleada. ¿Significa eso que desde entonces no se desarrollan luchas socio-políticas, que incluso recurren a elementos del repertorio de acción previo, y por tanto dignas de ser consideradas? En absoluto. Sin negar su existencia, interés e importancia, lo que pretendemos establecer es la diferenciación con las que se desarrollaron en la etapa anterior, en la oleada aquí caracterizada. De todas las existentes desde los años noventa, probablemente la que tuvo mayor repercusión pública en su momento fue quizás la que se dio a conocer internacionalmente en Chiapas el 1 de enero de 1994, fecha que incluso entra en la periodización establecida²². Por ello, quién ha tratado este tema con sus estudiantes, en más de una ocasión habrá visto cuestionado el final del ciclo con el argumento de que en ese momento aparece el Ejército Zapatista de Liberación Nacional mexicano (EZLN). Si bien su presentación inicial pudo hacer pensar que se trataba de una nueva apuesta revolucionaria continuadora de las que se daban en el continente desde los años sesenta, desde prácticamente su primer documento público de reivindicaciones quedó patente la diferencia entre lo que se proponía y las experiencias previas: las demandas que justificaban el alzamiento no planteaban un desafío al poder establecido; esto es, no era una propuesta revolucionaria en el sentido de que no pretendía una reconstrucción radical de la autoridad, como argumenta Rapoport al caracterizar la primera y tercera oleada²³. En otras palabras, no tenía como objetivo final el poder y la transformación radical de la sociedad mexicana de forma general; sus reivindicaciones eran regionales y parciales, no globales²⁴.

²⁰ MATTA ALDANA, Luis A. *Colombia y las FARC-EP. Origen de la Lucha Guerrillera. Testimonio del Comandante Jaime Guaraca*. Tafalla: Txalaparta, 1999. 214 p.

²¹ GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo. Op. cit., p. 122.

²² El Ejército Popular Revolucionario (EPR) mexicano surgido a la luz pública en 1996, representa uno de esos casos en los que una organización sobrevive más allá de la oleada histórica en la que emergió. Con una ideología marxista – leninista y una estrategia de guerra popular prolongada, esta organización continúa activa en el momento de escribir estas líneas. A su vez, el EPR tiene sus antecedentes en el Partido de los Pobres (PDLP) y su brazo armado, la Brigada Campesina de Ajusticiamiento, dirigidas por Lucio Cabañas en la sierra de Guerrero, quienes comenzaron a operar públicamente en 1972, en el marco de un conflicto regional de larga data. El EPR se nutre de una tradición insurgente surgida en el contexto de luchas agrarias contra caciquismos locales y, por ello, se explica sólo en parte como efecto del influjo de la Revolución Cubana (MONTEMAYOR, Carlos. *La guerrilla recurrente*. México: Random – House Mondadori, 2007. 278 p.; BARTRA, Roger. *Guerrero bronco. Campesinos, ciudadanos y guerrilleros en la Costa Grande*, México: ERA, 2000. 178 p.).

²³ RAPOPORT, David C. Op. cit., p. 50.

²⁴ Desde la Primera Declaración de la Selva Lacandona (diciembre de 1993), la cuestión del poder no

La consideración del período establecido como aquel de auge y decadencia de las organizaciones revolucionarias armadas en América Latina no es nueva, y de forma explícita o no, está presente tanto en muchos trabajos sobre el tema como, sobre todo, en el imaginario colectivo acerca de los diferentes momentos de la izquierda latinoamericana contemporánea. ¿Por qué entonces la propuesta que acabamos de formular? Entendemos que la definición y caracterización de esa fase de luchas revolucionarias en términos de oleada tal y como fue propuesta por Rapoport añade rigor a esa idea común señalada. Y sobre todo, fija límites temporales y define el objeto de estudio, algo que habitualmente era vago y no claramente delimitado ni definido. Todo ello contribuye no sólo a una caracterización del todo, sino muy especialmente de cada una de las partes, de las relaciones entre ellas, y de cada una con ese todo. Como se ha señalado, la historiografía sobre el tema es eminentemente nacional y de caso, además de las otras carencias indicadas. Fijar, caracterizar y comprender el marco en el que se desarrolló cada experiencia individual es clave para ubicar a estas en ese espacio, para analizarlas más allá de la descripción de sus hechos, así como para entender el espacio histórico-geográfico-temporal en el que se dieron, pues el resultado de sus luchas y la evolución histórica, política y social de sus países no son comprensibles si no es en el contexto regional.

Por último, definir el objeto de estudio y su marco general es crucial para una comprensión global que supere el caso, y eso incluye las posibilidades de estudios comparados o de análisis generales de la región. El análisis del periodo y la oleada en términos académicamente aceptados, facilita la incorporación de otros esquemas de trabajo y propuestas que vinculen nuestros estudios con la producción teórica y empírica sobre la revolución, la movilización social y la violencia política internacionales, limitación indicada desde el inicio de estas páginas. Supone dialogar con otras tradiciones académicas con herramientas teórico-metodológicas establecidas, consensuadas, generalizadas y de resultados ya probados, lo que aporta indudables beneficios al conocimiento y trabajo colectivo.

2. Las ondas de actividad de la oleada

En la definición de oleada tomada de Rapoport se hacía hincapié, en primer lugar, en que el período de actividad que implica la oleada tiene, a su vez, fases de expansión o contracción –ondas–; esto es, no tiene por qué haber una actividad sostenida a lo largo de toda la oleada, máxime cuando aquella se da en diferentes países: hay ciclos de actividad. La clave es conocer a qué responden, qué forma toman y qué aportan a la oleada.

Para el caso que nos ocupa, esas diferentes ondas han sido señaladas ya por algunos autores. El estudio de las movilizaciones revolucionarias en América Latina

aparece en el centro del discurso del EZLN, sino que lo hizo sobre todo la constitución y la democracia, entendida esta a partir de la realización plena de la soberanía popular. Ni entonces ni en las primeras declaraciones del Sub-comandante Marcos, portavoz reconocido del movimiento, se plantea la toma del poder o la revolución socialista. Entre las reclamaciones fundamentales para los indígenas chiapanecos figuran –en palabras de Marcos–: pan, salud, educación, autonomía y paz (Declaraciones del Sub-comandante Marcos al diario italiano *L'Unità*, San Cristóbal de las Casas, México, 04/01/1994. Declaraciones, documentos e información abundante acerca del EZLN puede encontrarse, además de en una profusa bibliografía, en: <<http://palabra.ezln.org.mx/>>

y las organizaciones que las generaron, sin haber sido nunca masivo, sí al menos fue constante desde sus inicios, tanto para cada uno de los grupos como para la comprensión del fenómeno revolucionario a nivel regional. Ejemplos de interés fueron las obras de Mercier, Gott, Lamberg o Moss, principalmente²⁵. Más adelante, entrados ya los años noventa, siguieron apareciendo trabajos con perspectiva regional y vocación bien analítica²⁶ o bien descriptiva²⁷. A estas obras más o menos generales –entre otras– debemos sumar una profusa bibliografía para muchos de los grupos, cuya característica ha sido la descripción o la publicación de memorias y testimonios, siendo menores las excepciones que buscaron comprensiones bien de casos o bien de movilizaciones nacionales desde una perspectiva analítica y susceptible de ser útil para comparaciones.

A partir de todo ese cuerpo bibliográfico, pero sobre todo de los trabajos generales (y especialmente de aquellos de los años noventa²⁸, esto es, de la década en la que concluía la movilización revolucionaria surgida al calor de la Revolución Cubana), se fue generalizando una estructuración de las diversas experiencias revolucionarias latinoamericanas bien en dos o bien en tres grandes ciclos o etapas, según autores, dando lugar a una periodización que ha sido más o menos seguida por muchos otros investigadores –entre los que nos incluimos– de forma esquemática y un tanto acrítica a la hora de enmarcar sus estudios de caso nacionales.

La versión más ampliamente difundida es la de las tres etapas. La primera habría tenido lugar en la década de los sesenta, y estaría caracterizada por las primeras experiencias rurales o foquistas, que en teoría siguen el modelo propuesto por los líderes de la Revolución Cubana (Guevara especialmente). Los países protagonistas fueron Guatemala, Nicaragua, Venezuela, Argentina, Perú y Bolivia. Se habría iniciado en 1959, inmediatamente después y a imitación en muchos casos de lo que se consideraba había sido el proceso revolucionario cubano; y habría concluido hacia 1967 con la muerte de Guevara en Bolivia como corolario a las derrotas continuadas sufridas por todas las organizaciones que intentaron la acción

²⁵ MERCIER VEGA, Luis. *Las guerrillas en América Latina. La técnica del contra-estado*. Buenos Aires: Paidós, 1969. 219 p.; GOTT, Richard. *Las guerrillas en América Latina*. Editorial Universitaria, 1971; LAMBERG, Robert F. *La guerrilla en Latinoamérica*. Madrid: Mediterráneo, 1979 [1971]; MOSS, Robert. *La guerrilla urbana*. Madrid: Editora Nacional, 1972.

²⁶ WICKHAM-CROWLEY, Timothy P. 1992. Op. cit.; CASTAÑEDA, Jorge. *La utopía desarmada*. Barcelona: Ariel, 1995. 583 p.

²⁷ PEREYRA, Daniel. *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina*. Madrid: Libros de la Catarata, 1994. 254 p.; GASPAS, Gabriel. *Guerrillas en América Latina*. Chile: FLACSO, 1997.

²⁸ Como es natural los primeros textos de alrededor de 1970 no podían contener el elemento que va a ser de interés en las siguientes páginas: periodizaciones del movimiento guerrillero latinoamericano. Solo algunos trabajos más avanzados temporalmente como el de Moss se referían a las distintas propuestas revolucionarias, distinguiendo para 1972 entre las experiencias rurales de los sesenta y las guerrillas urbanas de fines de esa década e inicios de la siguiente. Lamberg por su parte, autor de una de las mejores reflexiones del momento, se refiere a una única oleada de “guerrilla castrista”, que llega a su fin con la muerte del Che (LAMBERG, Robert F. Op.cit., 47-48). Si bien en su primer análisis sobre el tema (LAMBERG, Robert F. La guerrilla urbana. Condiciones y perspectivas de la “segunda oleada” guerrillera. *Foro Internacional*. 1971, vol. 11, n. 3 (43) (enero-marzo), pp. 421-433) le dedicó una atención especial y habló incluso de “segunda ola guerrillera”, en su principal trabajo pasó a considerar lo ocurrido tras las experiencias rurales sesentistas como “terrorismo urbano”, que entiende no forma parte de la propuesta que arrancó en Cuba en 1959, e incluso que no fue apoyada por Castro.

revolucionaria.

En la segunda, a caballo entre los sesenta y setenta, y una vez desestimados los focos rurales a imitación de la propuesta emanada de la Revolución Cubana, predominan los grupos de actuación urbana. Tuvo como espacio protagonista casi único el Cono Sur del continente: Argentina, Uruguay, Brasil y en cierta medida Chile. La tercera y última etapa estuvo protagonizada por organizaciones centroamericanas y las andinas, muchas de las cuales tienen precedentes u orígenes en la primera fase: El Salvador, Nicaragua, Guatemala (con propuestas puntuales y poco relevantes en Honduras y Costa Rica) para Centroamérica, y Colombia y Perú en el área andina²⁹.

Autores como Wickham-Crowley o Castañeda en cambio limitan a dos las etapas, si bien con argumentos dispares: el primero lo hace negando la consideración de guerrillas a los grupos de actuación predominantemente urbana, mientras que el segundo considera a estos como una prolongación de la propuesta foquista inicial con ciertas particularidades. Ambos coinciden en parte de sus argumentos acerca de la caracterización de la tercera etapa y de los grupos que la protagonizaron.

La propuesta de Castañeda implica una interpretación del consabido foco no en términos militares estrictamente, sino como una representación un tanto abstracta de la propuesta emanada de Cuba. Considera al período foquista como aquel en el que Cuba apoya a aquellas organizaciones revolucionarias que quieren repetir su experiencia, más allá de la forma en la que pretendan hacerlo. El fin de esa etapa fue agónico, en la descripción de Castañeda, y comenzó a escribirse con la muerte del Che –culminación de todos los fracasos anteriores–, siguió con las derrotas de los grupos urbanos del Cono Sur y la imposición militarista de los setenta, y concluyó con el acuerdo entre Cuba y los partidos comunistas latinoamericanos de 1975³⁰ tras casi década y media de enfrentamientos y disenso en torno a la definición y las vías de la revolución continental.

La segunda oleada, en su interpretación, tuvo como protagonistas a Centroamérica, Colombia (M-19) y Perú (Sendero Luminoso), y como característica principal una nueva política de unión de fuerzas en las filas revolucionarias (entre los partidos comunistas y los grupos armados), y con las fuerzas “democráticas nacionales” existentes en el interior de los países, así como con aquellas del exterior (incipientes socialdemocracias latinoamericanas, concepto no explicado por el autor y muy difícil de fijar temporal y geográficamente)³¹.

²⁹ Las referencias clásicas en este esquema son Pereyra (Op. cit.) y Gaspar (Op. cit.). Su asunción como esquema explicativo y organizativo básico puede encontrarse por ejemplo en Harnecker (HARNECKER, Marta. *La izquierda en el umbral del siglo XXI. Haciendo lo imposible*. Madrid: S. XXI, 1999. 410 p.).

³⁰ Previamente ya ha señalado que en 1974 se habían desmontado las estructuras de apoyo a la revolución en América Latina nacidas casi con la revolución y dirigidas desde entonces por el Comandante Piñeiro desde el Ministerio del Interior, relegándose a un nuevo, discreto y con menores competencias “Departamento de América” del Comité Central del PCC (Castañeda, Jorge. Op. cit., p. 69).

³¹ CASTAÑEDA, Jorge. Op. cit., p. 107.

El punto más débil de esta interpretación es que ha sido hecha en clave cubana, y no de las organizaciones o países afectados. Esto es, caracteriza y da por concluida la primera etapa en función no del perfil, propuesta revolucionaria y evolución de los grupos que la integran, sino única y exclusivamente de si respondían a una intención exterior del castrismo. Por tanto, una vez esta deja de existir –a lo que sólo secundariamente se unen las derrotas sufridas-, concluye el período. La segunda fase es aquella en que la característica central de la primera no está presente, por lo que nuevamente la define en función de elementos ajenos.

Wickham-Crowley³² por su parte no incorpora a su estudio a los grupos urbanos, como señalábamos, sin que su argumentación al respecto sea ni exhaustiva ni convincente. En su principal trabajo sobre el tema liquida el debate en dos líneas y sin mayor justificación al entender que las organizaciones urbanas no pueden considerarse guerrillas en sentido estricto porque nunca llegan a tener –con muy contadas excepciones- enfrentamientos directos con las fuerzas armadas, además de usar formas de violencia indiscriminada (en asimilación no nombrada con el terrorismo).

Por tanto, se refiere únicamente a dos etapas cuya división establece hacia 1970. Para entonces ya habría concluido una primera caracterizada por el auge del foquismo, etapa que explica a partir de un modelo de difusión cultural que tiene como centro Cuba (en cuanto productor y difusor de estrategia, así como centro de entrenamiento internacional)³³. Su fin se daría hacia 1968, tras la muerte del Che como punto final a todos los intentos foquistas fracasados, el abandono de la línea insurreccional por parte de los PC's y el giro cubano hacia posiciones soviéticas que alejan la política del castrismo del apoyo a los grupos revolucionarios.

Desde entonces comienzan a aparecer o a resurgir las organizaciones que años después serán las protagonistas de los principales proyectos revolucionarios, que se dieron sobre todo en Centro América, Colombia y Perú, y que tendrán propuestas muy diferentes de las desarrolladas por los anteriores grupos foquistas: no apuestan por la inmediatez de estos sino que adoptan una estrategia de organización prolongada a imitación de las luchas china y, sobre todo, vietnamita. Además, Wickham-Crowley³⁴ incorpora un elemento estructural diferenciador: el tipo de regímenes políticos (cerrados) que enfrentan estas nuevas insurgencias.

El anterior modelo de difusión cultural que aplicó este autor para la primera etapa ya no es considerado válido para la segunda. Desde fines de los sesenta nuevas visiones competían con la foquista anterior (las defendidas por los PC's, ahora alejados de la línea armada; las que proveían las luchas revolucionarias de extremo oriente: Mao y Võ Nguyên Giáp); al tiempo que se había dado un “aprendizaje racional”³⁵ de los fracasos previos. Las claves explicativas que propone este autor para la segunda etapa son: la irrelevancia del impacto del castrismo en las nuevas propuestas, la construcción de las mismas a partir de la historia y culturas de resistencia de cada país, y el que las nuevas organizaciones enfrentasen regímenes

³² WICKHAM-CROWLEY, Timothy P. 1995. Op. cit., p. 3.

³³ WICKHAM-CROWLEY, Timothy P. *Two Waves of Guerrilla- Movement Organizing in Latin America*. Paper delivered at the 30th International Congress of LASA, San Francisco, 23-26 May 2012.

³⁴ WICKHAM-CROWLEY, Timothy P. 1992. Op. cit., p. 20.

³⁵ *Ibidem*, p. 16.

políticos “de viejo estilo” y excluyentes³⁶. Esta etapa concluiría por la conjunción de una serie de elementos, caso de la generalización de los sistemas democrático-electorales y/o la represión de las capacidades insurgentes, dándose distintas combinaciones en esos factores según los países.

Por lo que toca a la periodización a la que ahora nos referimos, la propuesta de Wickham-Crowley tiene como principal punto crítico la consideración de las propuestas revolucionarias urbanas³⁷, que implica la negación de una parte muy considerable de las experiencias latinoamericanas de la oleada³⁸. El debate en torno a la consideración de la denominada “guerrilla urbana” es complejo y de larga data. El punto principal de la discusión se centra en dirimir si se trata de guerrilla o de terrorismo, siendo divergentes los significados que para los promotores de la movilización por una parte y para los estudiosos por otra (especialmente en la tradición politológica contemporánea) tienen uno y otro³⁹. En general, politólogos y sociólogos en las últimas décadas han propuesto definiciones restrictivas basadas sobre todo en cuestiones técnicas y militares. Es la postura adoptada por Wickham-Crowley⁴⁰, que analiza la cuestión en términos de capacidades y posibilidades de confrontación militar concluyendo que la ausencia de la segunda excluye la consideración de guerrilla para los grupos de actuación urbana, limitándolos al terrorismo. Autores como Laqueur o Moss⁴¹, con argumentos no muy distintos llegan a similares conclusiones, así como De la Calle y Cuenca más recientemente en un trabajo que buscaba dirimir conceptos de forma definitiva⁴².

Con ello, y al no considerar los factores políticos de toda comprensión de la propuesta desafiante, acaban excluyendo a una parte muy significativa de los grupos pertenecientes a la oleada aquí definida, que tuvieron una participación activa no sólo en las luchas desarrolladas en sus países sino también en la promoción y difusión de repertorios, así como en luchas directas llevadas a cabo en terceros

³⁶ *Ibidem*, p. 20.

³⁷ Hay otros puntos de su interpretación con los que nos mostramos críticos, especialmente los relativos a la caracterización de la segunda etapa que identifica, pero que serán abordados más adelante.

³⁸ Otra carencia reseñable en el caso de Wickham-Crowley es la escasa atención que presta a las numerosas organizaciones revolucionarias mexicanas surgidas desde mediados de los años sesenta. Algunas de ellas desafían abiertamente los términos de clasificación propuestos por el autor. Uno de los análisis más completos de los grupos revolucionarios mexicanos aparecidos hasta el momento está contenido en el trabajo de Oikión Solano y García Ugarte (OIKIÓN SOLANO, Verónica y GARCÍA UGARTE, Marta E. *Movimientos armados en México, siglo XX*. México: El Colegio de Michoacán-CIESAS, 2006. 3 vols. 846 p.).

³⁹ No cabe duda que los primeros usaron con orgullo el término “guerrilla”, identificado con unas formas y valores acordes con su pensamiento e ideología. Incluso éste fue adoptado por defensores de procesos subversivos del orden establecido en Europa a fines de los sesenta y primeros setenta, como muestran algunas publicaciones ideológicamente próximas (Varon, Jeremy. *Op. cit.*; LIVERANI, Sesto. *Un anno di guerriglia*. Milano: la Pietra, 1971, 230 p.; LOTTA ARMATA. *Notiziario di informazione e discussione della guerriglia*. Roma: s.n., 1970. 14 p. Ciclostilato.; ROTE ARMEE FRAKTION. *La guerriglia nella metropoli*. Vol I: Testi della Frazione armata rossa e ultime lettere di Ulrike Meinhoff; Vol. II: Ideología e organizzazione della lotta armata. Verona: Bertani, 1979). Por otra parte, el término terrorismo ha variado su significado a lo largo de la historia, como ha mostrado Rapoport al referirse a la auto consideración realizada por los promotores de la primera oleada, y el cambio de significado en la segunda (RAPOPORT, David C. *Op. cit.*, pp. 50-54).

⁴⁰ WICKHAM-CROWLEY, Timothy P. 1992. *Op. cit.*, p. 3.

⁴¹ LAQUEUR, Walter. *Terrorismo*. Madrid: Espasa-Calpe, 1980. MOSS, Robert. *Op. cit.*

⁴² DE LA CALLE, Luis y SÁNCHEZ-CUENCA, Ignacio. What We Talk About When We Talk About Terrorism. *Politics & Society*. 2011, vol. 39, pp. 451-472.

países (especialmente centroamericanos⁴³, estos sí incluidos en los análisis de Wickham-Crowley) sin los cuales no se podrían comprender estas.

En todo caso, y a los efectos de nuestro trabajo, este debate es secundario. La acción revolucionaria –desde el punto de vista político- propuesta por aquellos grupos de actuación fundamentalmente urbana es parte sustancial de la oleada definida anteriormente a raíz de las ideas tomadas de Rapoport. No cabe duda que las organizaciones que recurrieron a este tipo de repertorios de acción fueron resultado del mismo impulso detonante que las foquistas de los primeros sesenta, que compartieron el *ethos* común al resto de organizaciones de la oleada, que mantuvieron relaciones con otras que recurrieron a otros repertorios, y que fueron clave en la difusión cultural en los términos señalados. Inclusive la percepción que de aquellos grupos tuvieron tanto sus sociedades como aquellos que los confrontaron, no difirió de la existente para otros grupos de acción rural. Las ideas fuerza que respaldaron la actuación represiva contra unos y otros, tanto a escala nacional como internacional, fueron las mismas, más allá de que puntualmente variasen las tácticas necesarias para el enfrentamiento. Por tanto, en estas páginas hablamos de grupos o movimientos revolucionarios, no de guerrillas⁴⁴.

El esquema general de tres etapas o ciclos de actividad en esta oleada revolucionaria si bien ha sido funcional como esquema explicativo general, o a la hora de realizar ciertos estudios y ubicar los diferentes casos en una propuesta de evolución común, presenta ciertas limitaciones. La principal probablemente sea que el elemento definidor de cada etapa es la estrategia revolucionaria adoptada por los grupos desafiantes. ¿Significa que todos hicieron lo mismo –o de forma similar- en cada ciclo, a pesar de sus diferencias ideológicas, políticas, de coyuntura, etc.? Parece que la respuesta lógica a esa pregunta no puede ser positiva, y un análisis detallado probablemente nos mostraría casi desde los primeros momentos que no todos los grupos respondieron a los esquemas que se derivan de esa periodización.

Sobre las limitaciones de esta periodización ha reflexionado recientemente Bartoletti en un brillante trabajo extractado de su tesis doctoral⁴⁵, en el que ha ahondado en la cuestión con una reflexión certera y sobre todo documentada. A partir de la comparación de las principales obras de la bibliografía generalista (las ya citadas de Castañeda, Pereyra y Gaspar, a las que suma Lowy y Wright⁴⁶), fundamenta varias conclusiones de interés: en primer lugar, el divorcio existente

⁴³ Por citar sólo un ejemplo entre muchos otros, durante sus primeros años de actividad desarrollada casi exclusivamente en entornos urbanos, los militantes del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) salvadoreño, fueron fuertemente influidos por el repertorio de acciones –espectaculares– de los Tupamaros uruguayos.

⁴⁴ Coincidimos en este sentido con la posición adoptada por Bartoletti en esta misma publicación, cuya lectura recomendamos. El debate en torno a estas conceptualizaciones merecería un trabajo específico, no siendo posible en estas páginas por cuestiones obvias de espacio. Hemos querido al menos indicar nuestra posición para que a partir de ella se comprenda la inclusión o no de las distintas experiencias revolucionarias que se dieron en el continente.

⁴⁵ BARTOLETTI, Julieta. *Montoneros: de la movilización a la Organización. Un caso paradigmático de militarización*. Tesis Doctoral, inédita. Universidad Nacional de San Martín, 2010. BARTOLETTI, Julieta. 2011. Op. cit.

⁴⁶ LOWY, Michael. *El marxismo en América Latina. Antología*. México: Era, 1982. WRIGHT, Thomas. *Latin America in the Era of the Cuban Revolution*. West Port, CT: Greenwood Publishing Group, Inc., 2000.

entre la información empírica disponible y las diversas propuestas de conceptualización existentes. Como ya hemos señalado en otras ocasiones, en los estudios acerca de la violencia política y los movimientos revolucionarios latinoamericanos predominan de forma destacada los estudios de caso, algo que no es en absoluto negativo en sí mismo; el problema radica en que generalmente estos se hacen de espaldas al proceso histórico que dio lugar a las organizaciones estudiadas, lo que implica claras limitaciones tanto explicativas como comparativas, incluso para valorar la singularidad del propio caso⁴⁷.

Bartoletti pone de manifiesto además que los textos generales existentes que intentan conceptualizaciones y/o periodizaciones del objeto de estudio, suelen tener fundamentos empíricos débiles. En relación con las obras aquí tratadas, la de Pereyra cuenta con una abundante información pero con una muy débil introducción interpretativa sin referencias a los casos que posteriormente trata. Gaspar o Castañeda por su parte ofrecen trabajos con un perfil interpretativo notorio, pero que incorporan poca base empírica; Wickham-Crowley por último combina ambas cosas, y es sin duda el trabajo comparado más brillante aún a día de hoy sobre las organizaciones revolucionarias en América Latina, pero no por ello deja de tener limitaciones, especialmente por la exclusión radical y prácticamente no defendida de los casos de guerrilla urbana.

El análisis de Bartoletti muestra que si bien cuatro de los cinco autores que compara coinciden en describir tres fases (sólo Castañeda propone dos como vimos, mientras que Lowy, Pereyra, Gaspar y Wright optan por la periodización más habitual), no hay coincidencias ni en las características que cada uno traza para cada fase, ni siquiera en los casos estudiados para llegar a esas conclusiones. Y eso indica que no hay correspondencia entre las tres oleadas establecidas y un tipo determinado de organización, ni con el desarrollo que puedan alcanzar estas, ni el momento del ciclo en el que lo logren. Destaca además cómo a medida que al análisis se suman casos, es progresivamente más difícil asimilar fases y tipos de organización, lo que lleva a poner en cuestión el tipo de evolución, el reduccionismo de la caracterización de las fases y grupos del movimiento revolucionario latinoamericano, así como a destacar el importantísimo papel de las condiciones propias, nacionales, entre los factores determinantes esenciales.

Las conclusiones e ideas que aporta Bartoletti, aquí muy esquematizadas, son importantes y generan preguntas de difícil respuesta con los esquemas explicativos actuales: los inicios de la lucha revolucionaria en Guatemala en 1960 (Movimiento 13 de noviembre), ¿son reducibles al tópico del foco, al igual que lo que pudieron proponer alguno de los grupos peruanos poco tiempo después o el propio Guevara en Bolivia, o tienen un origen complejo en la historia previa y un detonante muy específico interno? ¿Es comparable o asimilable en la misma categoría lo que se desarrolla en Uruguay en cuanto a lucha urbana (de la mano sobre todo de los Tupamaros) con lo que entre 1974 y 1976 hace Montoneros? ¿Cómo encajar las complejidades colombiana, o peruana desde los setenta y ochenta?, atendiendo en

⁴⁷ Esta consideración ya fue hecha por Waldmann, y a pesar de los importantes avances logrados desde entonces, parece que el problema aún no ha sido resuelto satisfactoriamente (WALDMANN, Peter. Observaciones comparativas con respecto a los movimientos guerrilleros en la Argentina, Guatemala, Nicaragua y Uruguay. *Ensayos sobre política y sociedad en América Latina*. Barcelona: Alfa, 1983, pp. 157-161).

el primer caso a la existencia de diversos grupos con perfiles muy diversos⁴⁸, y en el segundo a la excepcionalidad del desarrollo de Sendero Luminoso.

¿Es válida entonces esa periodización ya generalizada, relativamente acrítica y que deja lagunas notorias en algunos momentos, para algunos grupos, y que para algunos casos plantea más interrogantes que las respuestas que ofrece? Probablemente sí, pues su misma perdurabilidad y uso habitual en la bibliografía sobre el tema es indicativo de lo que de positivo tiene. Ello no obsta para que sea necesaria una revisión de ciertos elementos que permita superar las limitaciones y puntos débiles señalados. El inicio de esa tarea es precisamente nuestra intención en estas páginas. No pretendemos cuestionar el esquema con el objetivo de plantear uno nuevo. En términos generales, los datos empíricos –como muestra la gráfica siguiente– sí parecen claros a la hora de mostrar que en los primeros años sesenta buena parte de los proyectos revolucionarios respondieron a la lógica y esquemas aprendidos del castrismo; que desde fines de la década el centro de la conflictividad revolucionaria se trasladó a los espacios urbanos (principalmente del Cono Sur); y que desde la segunda mitad de los setenta ese protagonismo lo tuvieron organizaciones con esquemas de actuación y desarrollo organizacional muy diferente de los anteriores (bien rurales o bien las denominadas organizaciones político-militares), especialmente en Centroamérica, Colombia y Perú –que ya contaban con precedentes en la década anterior.

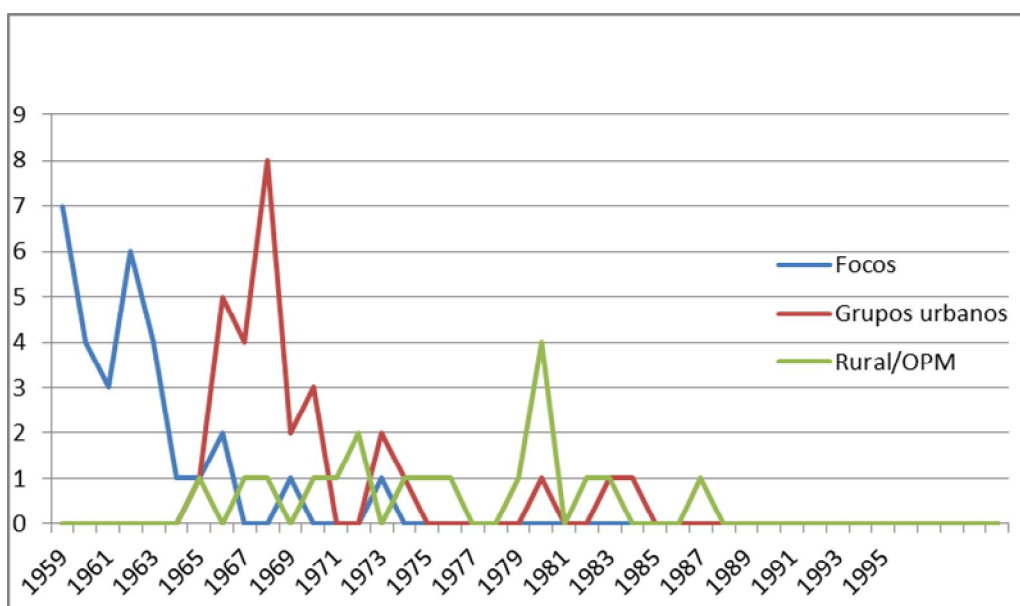


Figura: Fundación de organizaciones por tipo⁴⁹.

⁴⁸ Nótese que Castañeda por ejemplo, como grupo representativo colombiano de la segunda ola que él define y como ejemplo de ruptura con los esquemas castristas de los sesenta, sólo considera que amerite referirse al M-19 (Castañeda, Jorge. Op. cit. p. 132). Las FARC por su parte presentan problemas añadidos tanto por sus orígenes como por su deriva desde los noventa en que, como señala Bartoletti en esta misma publicación “subordinan su participación en los conflictos sociales clásicos al control de los recursos económicos que les permiten mantener una gran operatividad”, lo que debería llevar a reflexionar sobre su carácter y acerca de cómo abordar su estudio, que en relación con lo que aquí tratamos, correspondería sólo para el período 1964-1991 probablemente.

⁴⁹ Gráfica realizada a partir de una relación de 86 organizaciones. Los datos sobre ellas se tomaron principalmente de PEREYRA, Daniel (Op. cit.), a excepción de los casos uruguayo, salvadoreño y costarricense, en que proceden de investigaciones propias (respectivamente REY TRISTÁN,

Lo que ponemos en cuestión son las variables que determinan ese esquema (básicamente la estrategia revolucionaria adoptada como elemento explicativo y diferenciador central) y su efectividad a la hora de analizar en él la totalidad de los casos existentes. Nuestra reflexión parte de las ideas ya definidas en las páginas anteriores: la existencia de una oleada revolucionaria plenamente definida en lo temporal y en sus elementos fundamentales; la consideración de todos los grupos analizables dentro de ella como organizaciones revolucionarias, más allá de sus estrategias específicas –con lo que soslayamos el debate acerca de la guerrilla urbana y el terrorismo, que para esta cuestión no aporta elementos de relevancia-; y la constatación relativa a las limitaciones explicativas de la periodización existente a partir de los elementos formales de las organizaciones que la han definido.

¿Qué variables nos permitirían entonces sustentar la periodización de la oleada y superar las limitaciones señaladas? Partimos de la hipótesis que las claves a observar para ello en los diferentes casos son dos: la relación (o distancia tanto política como temporal) de cada organización respecto al elemento detonador de la oleada, y las coyunturas nacionales que influyen en las decisiones que toman los promotores de la movilización. Respecto a la primera cuestión, y de las implicaciones que tiene –como la capacidad de observar los resultados de las movilizaciones previas–, los promotores de los distintos grupos revolucionarios parecen haber adoptado, en líneas generales, una de estas tres posiciones principales a la hora de definir su estrategia, sin que ello sea obstáculo para que en cada caso haya otras secundarias:

- a) Imitación racional: como es razonable tras una revolución triunfante, promotores de la movilización con expectativas similares observan y/o interpretan lo ocurrido y buscan adaptarlo –con mayor o menor grado de análisis y crítica– a su contexto nacional. Si además aquellos que lograron el éxito inician desde pronto un proceso de difusión de las ideas que, interpretan, les han llevado al triunfo, es natural que aparezcan “imitadores” de un supuesto modelo dada su capacidad probada. Esta idea describe en sus elementos básicos lo que significó la teoría del foco y su imitación en los primeros sesenta en América Latina, si bien como adelantábamos, es necesaria pero no suficiente para una comprensión adecuada del proceso y de cada uno de los casos nacionales.
- b) Adaptación racional: a partir del fracaso de los primeros proyectos revolucionarios en el continente, y una vez pasa un tiempo prudente tanto para que se den estos como para que otros promotores analicen sus resultados, parece haberse dado un proceso de “adaptación racional” de la teoría inicial, esto es, del foco. Como ya hemos argumentado en otras ocasiones⁵⁰, en el caso uruguayo los Tupamaros rechazan el foco en sentido literal por no adecuarse a su situación nacional, sin posibilidades de lucha rural. Pero igualmente reinterpretaron la idea de foco guevarista

Eduardo. 2005. Op. cit.; MARTÍN ÁLVAREZ, Alberto. *De Movimiento de Liberación a Partido Político. Articulación de los Fines Organizativos en el FMLN Salvadoreño (1980-1992)*. Madrid: E- Prints, Universidad Complutense de Madrid, 2004. 300 p.; REY TRISTÁN, Eduardo. *Guerrilla o terrorismo. El debate en torno a la caracterización de algunas organizaciones revolucionarias a partir del caso de La Familia. Diálogos, Revista Electrónica de Historia*. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, 2008).

⁵⁰ REY TRISTÁN, Eduardo. 2005. Op. cit., p. 178.

de forma más sutil, como núcleo activista cuestionador y aglutinador; esto es, una idea de foco en el sentido cualitativo, cuya principal virtud no era la estrategia militar que se pudiera derivar de él, sino la capacidad para conmover las mentalidades pro revolucionarias de su sociedad. La lectura hecha por otros promotores en situaciones parecidas fue similar en los primeros momentos (Brasil), dándose un proceso de imitación/aprendizaje en otros posteriores y con condiciones –en parte– próximas (Argentina).

- c) Aprendizaje racional: los fracasos de las experiencias foquistas por imitación del proceso cubano ofrecieron una serie de lecciones que fueron calando paulatinamente en aquellos que en la siguiente década se convertirán en promotores de la lucha revolucionaria en sus países⁵¹. En algunos casos el proceso de aprendizaje fue resultado de la propia experiencia (grupos con precedentes foquistas fracasados que evolucionan en los setenta); en otros de las lecturas realizadas de las ajenas. Ese aprendizaje se completó con el que proporcionaron experiencias de lucha revolucionaria en otras latitudes, especialmente en China y Vietnam, que pasaron a ofrecer estrategias de lucha rural renovadas que parecían tener capacidad para superar las limitaciones de la emanada del castrismo.

Esta diferenciación, por sí sola, no es suficiente para comprender la evolución del movimiento revolucionario latinoamericano en general y las decisiones adoptadas en cada caso en particular. Es preciso incorporar, en segundo lugar, las claves nacionales que influyen en las opciones que toman los promotores de la movilización. La revolución cubana fue el factor detonante general de cada oleada, pero no explica por qué en un país un grupo de promotores decide emprender la lucha revolucionaria en un momento dado y no en otro. Si lo anterior nos servía para acercarnos a comprender elementos influyentes en la elección de la estrategia a seguir, este es central para el momento y la forma de la movilización. Hay, por tanto, claves específicas impulsoras de la acción en cada país.

Sin entrar ahora en el detalle de los casos, dado que nuestro objetivo es identificar claves de análisis de cara a contribuir con propuestas específicas, apuntamos al menos algunas casuísticas: en ocasiones esas claves pueden responder a simple radicalización y/o voluntarismo, racionalizado políticamente con diversos argumentos, pero sin que ello signifique que no se podían haber dado otras opciones. Es el caso por ejemplo de dos de las primeras propuestas revolucionarias en el Perú, el MIR y el ELN. Otras veces hay coyunturas internas específicas clave para comprender el proceso, como ocurre claramente con Guatemala en noviembre de 1960, cuando aún se arrastraban los ecos de la inestabilidad asentada en 1954 así como de la disconformidad de sectores del ejército con la situación política del momento, y de ahí la especificidad de ese primer movimiento insurgente. En ocasiones a esas coyunturas internas específicas debemos sumar el impulso directo del factor detonante, como en el caso de los primeros focos en Nicaragua, que respondían a una situación socio-política particular que se arrastraba por varios

⁵¹ Retomamos aquí la idea ya expresada, entre otros, por Wickham-Crowley (2012. Op. cit.) y ya presente en Rapoport –si bien con otra dimensión– acerca del aprendizaje o saber acumulado que se transmite entre oleadas. En este caso se trataría de algo más específico: entre grupos de una misma oleada, sin que ello sea obstáculo o contradiga la afirmación de Rapoport.

lustros, más el ejemplo cubano y los inicios de la difusión cultural de su proyecto⁵².

Otras veces podían darse nuevas percepciones de una situación socio-política cambiante y lecturas renovadas (a raíz de la difusión de un nuevo *ethos*), como parece haber sido el caso de Uruguay. En todo caso, las decisiones en torno a la movilización no parecen ser explicables únicamente en función de factores externos. Los internos son clave en la concreción de los proyectos a desarrollar tanto en forma como en tiempo.

¿Qué implican los argumentos anteriores? En nuestra opinión, la variable explicativa fundamental para la comprensión y periodización del movimiento revolucionario latinoamericano contemporáneo no es el tipo de organización: foco, guerrilla urbana u OPM, pues las limitaciones de esta perspectiva ya han quedado de manifiesto. Las claves debemos buscarlas en el bagaje político y cultural de los promotores revolucionarios y en las especificidades nacionales de cada situación, elementos ambos que interactúan a raíz del impulso que proporciona el elemento detonante de la oleada, la Revolución Cubana. Ello nos permite comprender las particularidades de algunos casos, no encajables en la explicación anterior; la flexibilidad de la periodización, pues no para todas las etapas todos los grupos responden del mismo modo ni en el mismo momento, y tiene influencia en la comprensión del grado de desarrollo e incluso éxito que puede tener cada grupo, entendido éste en claves de asentamiento y perdurabilidad temporal por una parte, y crecimiento y vínculo con las masas por otra.

3. La clave generacional en el análisis de la oleada y sus organizaciones

El tercer y último ámbito sobre el que este trabajo pretende reflexionar es sobre la conveniencia de incorporar nuevas herramientas teóricas y metodológicas en el estudio de las movilizaciones revolucionarias ocurridas a partir de 1959 en América Latina. Un marco teórico particularmente bien adaptado para iniciar un análisis de la oleada de la violencia revolucionaria latinoamericana es el de la sociología de las generaciones, que combinado adecuadamente con algunos de los hallazgos de la teoría dominante en la investigación de los movimientos sociales, permite empezar a considerar a la violencia revolucionaria como parte de un continuum diferenciado generacionalmente de estrategias contenciosas de intervención en la política.

De acuerdo con Rapoport⁵³, una oleada de violencia revolucionaria desaparece cuando pierde la energía que la anima, y ello es una consecuencia básicamente de dos elementos: la reacción de los estados ante las organizaciones revolucionarias (represión o concesiones políticas) y los cambios en las percepciones de las nuevas generaciones respecto del *ethos* revolucionario que anima a esa oleada. Siguiendo a este autor, a medida que la oleada avanza en el tiempo, cada vez se fundan menos nuevas organizaciones, toda vez que los problemas derivados del proyecto

⁵² Cabe recordar que en 1959 el primer alzamiento contra el régimen somocista no fue precisamente revolucionario, sino del que luego sería principal líder opositor, Pedro Joaquín Chamorro (Pereyra, Daniel. Op. cit., p. 148). En cuanto a la difusión, nos referimos a la relación ya existente entre Guevara y Carlos Fonseca, y al apoyo que el primero otorga a los primeros focos en los que participa el segundo desde su puesto en el gobierno cubano (ANDERSON, Jon Lee. *Che Guevara. Una vida revolucionaria*. Barcelona: Emecé, 2006. 704 p).

⁵³ RAPOPORT, David C. Op. cit.

revolucionario se hacen más evidentes, al tiempo que el *ethos* de las nuevas generaciones es esencialmente diferente del de las anteriores. Desgraciadamente, Rapoport no ha abundado más en este último argumento, que abre la puerta a una comprensión de la oleada revolucionaria en términos generacionales.

En el caso latinoamericano, el primer elemento –el referente a las acciones del Estado frente a los revolucionarios como causa de la desaparición de la oleada– ha sido extensamente analizado en los diversos estudios de caso, existiendo una amplia bibliografía sobre el efecto de la represión estatal en el aniquilamiento de los grupos revolucionarios de los primeros años sesenta, incluyendo la desaparición del propio Che Guevara, o en el desmantelamiento de las organizaciones del Cono Sur en los setenta –por poner sólo un par de ejemplos–, o las negociaciones que hicieron posible el final de los conflictos en El Salvador y Guatemala en los noventa. Sin embargo, la dimensión generacional de la oleada de la nueva izquierda revolucionaria en América Latina no ha sido prácticamente abordada hasta el momento. La duración de esta oleada (casi cuatro décadas), la consiguiente desaparición del *ethos* revolucionario que la animó, y la emergencia desde la década de los noventa de nuevos repertorios de acción y sistemas de creencias de izquierda entre las generaciones más jóvenes⁵⁴, apuntan hacia la validez de una interpretación de aquella oleada en clave generacional.

Para Karl Mannheim⁵⁵, las generaciones constituyen componentes críticos del cambio social y cultural. De acuerdo con este autor, la situación generacional, esto es, la comunidad de pertenencia a años de nacimiento próximos, constituye un tipo específico de posición social que da origen a una tendencia de los individuos pertenecientes a la misma hacia determinados modos de conducta, sentimiento y pensamiento. Dichos modos comunes no vienen determinados simplemente por haber nacido cronológicamente al mismo tiempo, sino por la posibilidad de participar en los mismos sucesos, en los mismos contenidos vitales... y de hacerlo a partir de la misma modalidad de estratificación de la experiencia⁵⁶. Esto es, por haber compartido vivencias en el mismo periodo formativo de la trayectoria vital. Para este autor, las impresiones de juventud quedan fijadas en los individuos como imágenes naturales del mundo y funcionan como marcos maestros de interpretación de las vivencias posteriores. Sin embargo, para que exista una conexión generacional entre los individuos que han compartido vivencias en el mismo periodo formativo de sus vidas (posición generacional), estos deben haber participado en las corrientes sociales que constituían el tiempo histórico en el que se encontraban y en tanto en cuanto hayan participado en las interacciones que conformaban la nueva situación⁵⁷. Por tanto, la pertenencia a un mismo grupo de edad –cohorte–, no implica inmediatamente la formación de una conciencia generacional, sino que ésta depende de la participación activa en los movimientos y corrientes políticas y sociales de su momento histórico. En palabras de Richard y Margaret Braungart⁵⁸,

⁵⁴ MARTÍN ÁLVAREZ, Alberto. Desafiando la hegemonía neoliberal: Ideologías de Cambio Radical en la Centroamérica de Postguerra. *Historia Actual Online*. 2011, n. 25, pp. 111-123.

⁵⁵ MANNHEIM, Karl. El problema de las generaciones. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. 1993, n. 62, pp. 193-242.

⁵⁶ *Ibíd.*, p. 216.

⁵⁷ *Ibíd.*, p. 222.

⁵⁸ BRAUNGART, Richard, G. y BRAUGART, Margaret M. Life – Course and Generational Politics. *Annual Review of Sociology*. 1986, vol. 12, pp. 205-231.

una cohorte es un grupo de personas nacidas al mismo tiempo, por lo que constituyen una categoría social en sí misma, mientras que el concepto de generación implica además una conciencia particular de grupo diferenciada de la de otros grupos de edad, esto es, representa una categoría social “para si misma”.

Desarrollando los argumentos de Mannheim, los sociólogos Edmunds y Turner⁵⁹ afirman que la conciencia colectiva de una generación surge como respuesta a la experiencia (directa o indirecta) de un evento traumático, y dicha conciencia provee el ímpetu para que esa generación participe activamente en el cambio social⁶⁰. Así, una generación puede ser definida, según estos autores, como una respuesta colectiva a un evento traumático que convierte a una determinada cohorte de individuos en un estrato etario auto-consciente. Ese evento se convierte en la base de una ideología colectiva y en un intervalo histórico que separa a la generación que lo experimenta de las sucesivas. Ahora bien, no todas las generaciones juegan un papel en el cambio social, sólo algunas a las que Turner⁶¹ denomina “generaciones estratégicas”, en presencia de circunstancias favorables pueden crear una ideología de cambio político, e influir en la cosmovisión de generaciones subsecuentes.

Estos elementos teóricos son de gran utilidad para tratar de construir una explicación generacional del surgimiento y desaparición de la oleada de la violencia revolucionaria de la nueva izquierda latinoamericana. A partir de esa experiencia histórica, se puede afirmar que efectivamente los eventos traumáticos tienen una importancia clave en la configuración de una generación política. Sin embargo, al menos en el caso latinoamericano, no sólo uno, sino varios eventos contribuyeron a moldear la identidad política colectiva de distintas cohortes de individuos -entre las que por tanto existía una cierta distancia temporal en términos de sus años de nacimiento-, que constituyeron una misma generación política: la de la nueva izquierda revolucionaria. En este sentido, asumimos la posición de Turner⁶², para el que las fechas específicas de nacimiento de distintas cohortes o grupos de edad, son menos importantes que su pertenencia a una misma cultura generacional. Interpretamos el término cohorte como lo hizo Reed⁶³, esto es, como un agregado poblacional que experimenta los mismos eventos durante el mismo período de tiempo a lo largo de su vida. Asimismo afirmamos que no sólo grandes acontecimientos de alcance internacional, sino también eventos traumáticos⁶⁴ de índole nacional –golpes de estado, fraudes electorales masivos, actos represivos

⁵⁹ EDMUNDS, June y TURNER, Brian. *Generational Consciousness, Narrative and Politics*. Lanham: Rowman & Littlefield, 2002. 197 p.

⁶⁰ Nótese la similitud con la idea de “evento desencadenante” que para Rapoport se encuentra en el origen de las oleadas históricas de violencia revolucionaria.

⁶¹ TURNER, Brian. Strategic Generations: Historical Change, Literary Expression, and Generational Politics. En: EDMUNDS, June y TURNER, Brian. *Generational Consciousness, Narrative and Politics*. Lanham: Rowman & Littlefield, 2002, pp. 13-29.

⁶² *Ibidem*, p. 15.

⁶³ REED, Theodore L. Organizational Change in the American Foreign Service, 1925-1965: The Utility of Cohort Analysis. *American Sociological Review*. 1978, n. 43, p. 405.

⁶⁴ Usamos el adjetivo “traumático” en términos muy laxos para referirnos a eventos -fundamentalmente de carácter político- que dejaron una profunda huella en aquellos que los vivieron (ya sea directa o indirectamente). Evitamos por tanto por el momento adoptar una definición precisa de trauma, apartándonos con ello de formulaciones conceptuales como la de “trauma cultural” elaborada por Jeffrey Alexander (ALEXANDER, Jeffrey; EYERMAN, Ron; GIESEN, Bernard; SMELSER, Neil J y SZTOMPKA, Piotr. *Cultural Trauma and Collective Identity*. University of California Press, 2004. 304 p.).

indiscriminados y otros relacionados especialmente con la persistencia del autoritarismo— contribuyeron en cada caso particular a la conformación de identidades políticas revolucionarias. Nuestra otra hipótesis fundamental es que esa generación, para la que podemos retomar el calificativo de estratégica, no estaba limitada por fronteras nacionales, sino que se constituyó como una generación global. En este sentido, y al contrario que Edmunds y Turner⁶⁵, somos de la opinión que la emergencia de una conciencia generacional global fue posible ya en la década de los sesenta, antes por tanto de la revolución tecnológica propiciada por internet y la comunicación vía satélite, con la que usualmente la Sociología ha asociado el surgimiento de movimientos sociales transnacionales⁶⁶. A continuación trataremos de fundamentar ambos extremos.

América Latina experimentó importantes transformaciones económicas y sociales a partir de la década de los cincuenta. El modelo desarrollista de crecimiento económico, basado en una estrategia de ampliación de la capacidad industrial para la sustitución de importaciones, produjo un fuerte impacto en la estructura social de las sociedades latinoamericanas. La creciente urbanización, el crecimiento demográfico, la emigración rural - urbana, el crecimiento de las clases medias, y de la clase obrera industrial⁶⁷, modificaron el perfil de las sociedades de la región. Una consecuencia de este proceso de industrialización y urbanización —y que tuvo una importancia fundamental en el surgimiento de las organizaciones revolucionarias—, es que el consiguiente crecimiento de las clases medias se reflejó también en el de la matrícula universitaria en toda la región⁶⁸.

Fueron las cohortes de jóvenes nacidos a finales de la década de los treinta y primeros años cuarenta, y que crecieron en este nuevo entorno de sociedades en pleno proceso de transformación, las que sufrieron en primer lugar el impacto en su juventud del triunfo de la Revolución Cubana. Este hecho contribuyó fuertemente a configurar la identidad colectiva de esos individuos⁶⁹, jóvenes en los primeros años sesenta, para los que la intervención en la política quedó asociada a las ideas de revolución y lucha armada. Junto a este acontecimiento transformador, a lo largo de aquella década otros hechos contribuyeron a moldear la identidad de cohortes sucesivas de individuos nacidos a finales de los años cuarenta y primeros cincuenta,

⁶⁵ EDMUNDS, June y TURNER, Brian. Op. cit.

⁶⁶ De hecho, Margaret Keck y Kathryn Sicking demostraron que los precursores del moderno activismo transnacional se remontan al menos hasta mediados del siglo XIX (KECK, Margaret E. y SIKKING, Kathryn. *Activists Beyond Borders*. Ithaca: Cornell University Press, 1998. 240 p.).

⁶⁷ Con diferencias muy pronunciadas entre países, algunas sociedades. Brasil, Argentina, México, Chile y Uruguay desarrollaron plenamente esta estrategia, mientras que otras sociedades, como las centroamericanas, lo experimentaron en menor escala, y/o de forma más tardía.

⁶⁸ SOLARI, Aldo (comp.). *Estudiantes y política en América Latina*. Caracas: Monte Avila, 1968. 457 p.; LIEBMAN, Arthur; WALKER, Kenneth N. y GLAZER, Myron. *Latin American University Students. A Six Country Nation Study*. Cambridge: Harvard University Press, 1972. 296 p. De acuerdo con estos últimos (p. 37), entre 1956 y 1966, la matrícula universitaria en América Latina creció más del 50%. Por otra parte, Wickham-Crowley ha demostrado (1992. Op. cit.) que el liderazgo de las organizaciones revolucionarias provino fundamentalmente de la clase media universitaria, que de acuerdo con Solari (Op. cit., p. 34) era la clase social más abundante en las universidades latinoamericanas en la década de los sesenta.

⁶⁹ Interpretamos aquí el concepto de identidad colectiva en los términos en que lo hacen Polletta y Jasper, como “una conexión moral, cognitiva y emocional del individuo con una comunidad más amplia” (POLLETTA, Francesca y JASPER, James F. *Collective Identity and Social Movements*. *Annual Review of Sociology*. 2001, n. 27).

y que ingresaron a las universidades a finales de los sesenta. La lucha del pueblo vietnamita, los movimientos de liberación nacional en África, las revueltas estudiantiles en Europa y los Estados Unidos, la revolución sexual, y otras influencias culturales del momento, contribuyeron a conformar una identidad colectiva revolucionaria orientada hacia la emancipación, ya no sólo de la política oligárquica tradicional, sino también de las relaciones familiares, sexuales, o de género tradicionales. Esta identidad se construyó a escala global gracias a la disponibilidad de medios de comunicación de masas, específicamente, la prensa y la radio, que contribuyeron a la expansión de ideas, mensajes, consignas y repertorios de acción. También, y como han demostrado recientemente algunos estudios de historia transnacional, gracias a los viajes e intercambios académicos que pusieron en contacto a estudiantes europeos, norteamericanos, africanos y latinoamericanos, y que ayudaron a consolidar una identidad política revolucionaria y antimperialista de alcance global⁷⁰. Esos vínculos identitarios, y personales facilitaron la construcción por parte de estos militantes de lo que en otro contexto Waldmann, Sirseldoudi y Malthaner⁷¹ han denominado “redes radicales transnacionales”. Redes de diverso alcance geográfico que se mantuvieron conectadas por una ideología común que guio sus objetivos, convicciones e ideales. Esta identidad colectiva revolucionaria, que de forma prominente incluía la aspiración a construir sociedades más igualitarias desde el punto de vista social, y más participativas desde el punto de vista político, se vio confrontada con la persistencia en América Latina de regímenes políticos autoritarios en sus diversas manifestaciones. El triunfo cubano, la influencia de Vietnam y de los movimientos de liberación, establecieron así un canon de participación en la política basado en la idea de la creación de una organización armada, y de toma del poder por las armas⁷², canon que estaba asentado a su vez en la influencia de las diversas corrientes del marxismo como herramientas de interpretación de la realidad.

Los individuos pertenecientes a esas cohortes, que se implicaron en la formación de organizaciones revolucionarias en América Latina fueron aquellos que se encontraban situados socialmente en espacios donde se producía el debate y la discusión de las nuevas ideas y corrientes políticas, de forma muy destacada las universidades y los partidos políticos de izquierda⁷³. Esto es, no todas las “unidades generacionales” –en términos de Mannheim⁷⁴– desarrollaron una identidad política revolucionaria, ni siquiera como es obvio todos los universitarios, sino generalmente aquellos que ya estaban implicados por sus vínculos sociales en diversas organizaciones o movimientos estudiantiles o políticos de oposición⁷⁵.

⁷⁰ KLIMKE, Martin. *The Other Alliance: Student Protest in West Germany and the United States in the Global Sixties*. Princeton: Princeton University Press, 2009. 368 p.; SLOBODIAN, Quinn. *Foreign Front: Third World Politics in Sixties West Germany*. Durham: Duke University Press, 2012. 320 p.

⁷¹ WALDMANN, Peter; SIRSELOUDI, Matenia y MALTHANER, Stefan. Where does the radicalization process lead? Radical community, radical networks and radical subcultures. En: RANSTORP, Magnus (ed.). *Understanding Violent radicalization. Terrorist and Jihadist Movements in Europe*. London: Routledge, 2010, p. 50 -68.

⁷² Con las diferencias conocidas en el plano de la estrategia concreta: guerra popular prolongada, foquismo, insurreccionalismo, etc.

⁷³ Como demostró concluyentemente Wickham-Crowley (1992. Op. cit.).

⁷⁴ MANNHEIM, Karl. Op. cit.

⁷⁵ Lo cual otorga también una importancia fundamental al análisis de las redes sociales a las que pertenecían previamente los activistas de las organizaciones armadas.

De forma más tardía, la Revolución Sandinista cumplió un papel equivalente al de los eventos anteriormente citados en la identidad política de las cohortes de individuos nacidos en los primeros años sesenta⁷⁶, contribuyendo a revitalizar la oleada revolucionaria nacida tras la Revolución Cubana. A falta de profundizar empíricamente en trabajos posteriores en este planteamiento, se puede apuntar de forma provisoria que tanto la guerra de Vietnam y las protestas estudiantiles, como más tarde la Revolución Sandinista, cumplieron el papel de eventos desencadenantes que propiciaron la fundación de nuevas organizaciones revolucionarias armadas o que favorecieron la revitalización de aquellas fundadas en los primeros años sesenta, y que lograron sobrevivir a la represión y vincularse a los movimientos populares que encabezaban las olas de protesta en cada país. En este sentido, tanto estos acontecimientos de alcance internacional, como eventos traumáticos de índole nacional, contribuyeron a configurar la identidad política revolucionaria de sucesivas cohortes de individuos, lo que se tradujo en diferentes ondas de actividad revolucionaria a lo largo de los años setenta y ochenta. En este sentido, lo que explica la continuidad de la oleada revolucionaria latinoamericana, mucho más allá del evento que le dio origen –la Revolución Cubana– es la incorporación de nuevas cohortes de individuos socializados políticamente en su juventud en una identidad revolucionaria, por efecto de acontecimientos nacionales e internacionales.

A inicios de la década de los noventa, este *ethos* revolucionario pierde atractivo para las nuevas cohortes de individuos. El espacio disponible no permite un análisis en profundidad de este punto, pero valga mencionar algunos acontecimientos relevantes que contribuyeron a ese proceso. La derrota electoral de la Revolución Sandinista, el final negociado de los conflictos armados centroamericanos, la desaparición de la URSS y de los regímenes de Europa del Este y la consiguiente crisis del marxismo, la promoción de la idea democrática por parte de las elites políticas latinoamericanas en el marco de la oleada democratizadora del continente, entre otros factores, contribuyeron a configurar nuevas identidades de izquierda en la región⁷⁷. Por su parte, Marc Sageman⁷⁸ reflexionando acerca del fin de las oleadas revolucionarias apunta que cada generación quiere distinguirse de la de sus predecesores para establecer su propia identidad, lo cual explicaría por qué las organizaciones no son capaces de sobrevivir en el tiempo. Con el paso de los años, hay una degradación de la consideración social de las ideas políticas, que hace que aquellas que en el pasado eran consideradas atractivas por los jóvenes, paulatinamente dejen de serlo. Otra posible explicación que este autor incorpora es la de la desilusión que los militantes experimentan al contrastar sus ideales políticos del inicio con las prácticas de sus líderes o de la propia organización en conjunto.

Profundizar en estos argumentos permite entender el hecho de que las formas de movilización de la izquierda desde finales de los noventa hayan excluido a la

⁷⁶ Por ejemplo. Peter Cárdenas Schulte, uno de los ex dirigentes del MRTA peruano, afirma que la Revolución Sandinista causó un gran impacto en la izquierda peruana, contribuyendo a revitalizar la idea de revolución, y la lucha armada como estrategia de toma del poder (COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN. *Informe Final*. CVR: Lima, 2003. [Consulta: 15-09-2012]. Disponible en: <<http://www.cverdad.org.pe/ifinal/index.php>>).

⁷⁷ CHÁVEZ, Daniel; RODRÍGUEZ GARAVITO, César A. y BARRETT, Patrick. *La nueva izquierda en América Latina*. Madrid: Catarata, 2010. 384 p.

⁷⁸ SAGEMAN, Marc. Op, cit., p. 87.

lucha armada como elemento de su repertorio de enfrentamiento con el Estado. Sirve también para contestar al interrogante de por qué desde finales de los años ochenta, la desaparición de organizaciones revolucionarias no se vio sucedida por la aparición de otras nuevas, como si sucedió en varios países de la región en el periodo de auge de la oleada revolucionaria en los años setenta. Ello contribuye a probar que la lucha armada como repertorio fundamental de acción, y la idea de toma revolucionaria del poder del Estado con el objetivo de implementar un proyecto socialista, forman parte también de las formas de entender la política de una generación política específica.

El enfoque generacional de la oleada revolucionaria latinoamericana, además de su funcionalidad a la hora de caracterizarla y explicarla, tiene un importante potencial analítico en estudios tanto de caso como comparados. La evidencia fundamental que se persigue acumular es aquella relacionada con las diferencias en la socialización política de distintos grupos de individuos separados por diferencias de edad. Nos interesa particularmente indagar en las condiciones históricas concretas en las que se produjo la socialización política de los militantes de las organizaciones revolucionarias, y más en concreto, identificar los principales acontecimientos nacionales e internacionales, y las experiencias individuales y grupales relacionadas con esos acontecimientos, que contribuyeron a configurar su identidad colectiva. Para los propósitos del enfoque que presentamos, los estudios basados en historias de vida de los miembros de las organizaciones revolucionarias constituyen una herramienta preferente de análisis para procesos históricos sobre los que por razones obvias carecemos de otro tipo de instrumentos de información. Tomando como unidad de estudio la organización revolucionaria, la estructuración de la muestra de informantes en base a cohortes de pertenencia, y una indagación centrada en los acontecimientos nacionales e internacionales clave que ayudaron a conformar su identidad política, proveen el tipo de información necesaria para avanzar en la línea propuesta. A ello se debe sumar una información –lo más detallada posible– de la historia de las organizaciones o movimientos objeto de estudio. Ello permitiría, por ejemplo, detectar los cambios experimentados en organizaciones de larga data provocados por el efecto del remplazo de cohortes, esto es, por la llegada a las estructuras de dirección de aquellas, de militantes más jóvenes⁷⁹.

Como apuntan Polletta y Jasper⁸⁰, la identidad colectiva influye fuertemente en el tipo de repertorios, formas organizativas, objetivos de la movilización, tácticas y estrategias que los militantes ponen en práctica, por lo que el estudio de los procesos de construcción de las mismas representa un aspecto particularmente interesante. En el caso que nos ocupa, y como es sabido, la identidad de la nueva izquierda latinoamericana incluía la revolución y la toma del poder del Estado como objetivos, la lucha armada como estrategia, y la organización revolucionaria jerárquica y centralizada como forma organizativa por excelencia. Tomando esto en cuenta, es importante obtener información de los espacios y agentes de socialización política que propiciaron el desarrollo de esas identidades colectivas revolucionarias, y de cómo en cada caso se desarrolló ese proceso, esto es de

⁷⁹ En esta línea Sageman (ibídem) afirma, por ejemplo, que en las organizaciones que practican violencia política cada nueva cohorte que se incorpora aporta a la organización caracteres propios que contribuyen a modificar la estrategia y la ideología de la misma.

⁸⁰ POLLETTA, Francesca y JASPER, James F. Op. cit., p. 293.

cuáles fueron los mecanismos concretos del mismo para poder captar los matices diferenciadores de cada caso nacional.

De acuerdo con Whittier⁸¹ la identidad colectiva se compone de tres procesos inter conectados: la delimitación de unas fronteras de grupo –la noción de nosotros y ellos–, la construcción de un marco de interpretación para entender el mundo desde un punto de vista político, y una politización de la vida cotidiana. En el caso latinoamericano, la construcción de esas identidades colectivas revolucionarias se inició con frecuencia con la elaboración de lo que William Gamson⁸² denomina “marcos de injusticia” al interior de ciertas “comunidades críticas”⁸³. La construcción de un marco de injusticia implica la redefinición de una situación considerada anteriormente como producto del infortunio, o del orden natural de las cosas, situación que pasa a ser definida como el resultado de acciones de personas o instituciones concretas. Esto contribuye a construir una noción de “nosotros” y “ellos”, creando la base como se vio más arriba, para la construcción de una identidad colectiva revolucionaria. Con frecuencia en América Latina, las organizaciones estudiantiles, sindicales o de base de la iglesia católica, constituyeron los espacios preferentes en los que esto tuvo lugar.

Este proceso de construcción identitaria se vio reforzado a menudo por distintas experiencias compartidas por los jóvenes en proceso de socialización. Por ejemplo y de forma prominente, la respuesta represiva de los estados ante las reivindicaciones de los distintos movimientos populares. Como apunta Gupta⁸⁴, la represión contribuye precisamente a incrementar la separación nosotros/ellos, convirtiéndose así en un mecanismo de construcción de identidad. La represión puede convertirse así en un tipo de acontecimiento traumático capaz de contribuir –junto a otros– a moldear la identidad revolucionaria de un individuo o un grupo. Por ejemplo, la represión de las manifestaciones estudiantiles y de maestros de 1968 y 1971-1972 en El Salvador, contribuyó fuertemente a la construcción de un marco de injusticia en el seno del movimiento estudiantil, que a su vez fue clave para la edificación de la identidad revolucionaria de los primeros militantes de las organizaciones armadas de izquierda en aquel país⁸⁵. Ese mismo proceso se había dado años atrás en Uruguay: la represión de las protestas estudiantiles entre junio y septiembre de 1968 parece

⁸¹ WHITTIER, Nancy. Political Generations, Micro – Cohorts and the Transformation of Social Movements. *American Sociological Review*. 1997, n. 62, pp. 760-778.

⁸² GAMSON, William A. *Talking Politics*. New York: Cambridge University Press, 1992. 290 p.

⁸³ Tomamos prestado el concepto de “comunidad crítica” elaborado por Thomas R. Rochon (ROCHON, Thomas R. *Culture Moves. Ideas, Activism, and Changing Values*. Princeton: Princeton University Press, 2000. 280 p.) para hacer referencia al rol que jugaron las comunidades de los que Baud y Rutten (BAUD, Michiel y RUTTEN, Rosanne. Introduction. *International Review of Social History*. December 2004, issue 49, p. 2) denominan los “intelectuales populares”, esto es, grupos de personas con o sin educación formal, que se dedican a la elaboración intelectual de alternativas para cambiar la sociedad, y que para ello buscan definir los problemas de los grupos subordinados, articular sus agravios y enmarcar sus demandas políticas y sociales. En el caso latinoamericano, y como ha demostrado Mauricio Chávez (CHÁVEZ, Joaquín M. *The Pedagogy of Revolution: Popular Intellectuals and the Origins of the Salvadoran Insurgency, 1960-1980*. Ph.D. Dissertation. New York: New York University. 371 p.) maestros, estudiantes, sacerdotes e incluso líderes campesinos integraron esas comunidades críticas de intelectuales populares.

⁸⁴ GUPTA, Dipak K. *Understanding Terrorism and Political Violence. The life cycle of growth, transformation and demise*. London: Routledge, 2008, p 72.

⁸⁵ MARTÍN ALVAREZ, Alberto. *From Revolutionary War to Democratic Revolution. The Farabundo Martí National Liberation Front (FMLN) in El Salvador*. Berlín: Berghof Conflict Research, 2010, p. 12.

ser la clave explicativa de la gran afluencia militante que recibe el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros, y que hemos interpretado como la clave que permitió su transformación definitiva de grupo conspirador a grupo revolucionario con peso propio en la política uruguaya del momento⁸⁶. Algo muy similar se puede afirmar del efecto que causó la represión de las protestas estudiantiles en el México de 1968 y 1971, y la consiguiente emergencia de organizaciones revolucionarias integradas por estudiantes universitarios radicalizados como la Liga Comunista 23 de Septiembre⁸⁷.

Desde el punto de vista del enfoque aquí presentado, es importante por tanto indagar en los procesos internos de construcción de identidad al interior de esas organizaciones y colectivos críticos, y prestar atención preferente a la interacción de sus miembros con las instituciones del Estado y con los cambios en el contexto político, con una atención especial a los encuentros de los activistas con las autoridades en las calles, en el marco de acciones de protesta.

Por ello, también consideramos importante insertar el análisis de la formación y crecimiento de las organizaciones revolucionarias en el marco de ciclos de protesta más amplios, ya sea con respecto al rol que cumplen las organizaciones revolucionarias armadas en el desencadenamiento de dichos ciclos a partir por ejemplo de prácticas de doble militancia⁸⁸, o bien al surgimiento de dichas organizaciones en los momentos de declive de los ciclos de protesta. Para algunos autores⁸⁹ la violencia revolucionaria se produce en la fase descendente de los ciclos de protesta, ya sea por efecto de la represión, o como una opción táctica que reemplazaría a otras que no han mostrado eficacia en la consecución de los objetivos del movimiento social⁹⁰. La radicalización de grupos de activistas en el contexto de oleadas de protesta, puede explicar la llegada de nuevas cohortes de individuos a organizaciones revolucionarias armadas preexistentes, o bien la fundación de otras nuevas, contribuyendo a su vez a esclarecer de esta forma las ondas de actividad detectadas dentro del ciclo de actividad revolucionaria 1959-1996 del que aquí nos ocupamos.

Lo anterior nos conduce a llamar la atención sobre la necesidad de poner en relación los cambios en el contexto político en cada país a lo largo del tiempo, los procesos de liberalización o cierre de los distintos regímenes políticos, y los cambios en la intensidad y tipo de las estrategias represivas, con las estrategias y ciclos de

⁸⁶ REY TRSITÁN, Eduardo. 2005. Op. cit., p. 426.

⁸⁷ TAMARIZ, Cristina. La Liga Comunista 23 de Septiembre. *Dinámica Político Militar de la Guerrilla Urbana en la Ciudad de México*. En: OIKIÓN SOLANO, Verónica y URREGO ARDILA, Miguel Ángel (eds.). Op. cit., p. 523.

⁸⁸ Con doble militancia se hace referencia a aquellas situaciones en que los militantes pertenecen al tiempo a una organización armada revolucionaria y a una organización del movimiento popular (sindicato, organización campesina, etc.).

⁸⁹ DELLA PORTA, Donatella y TARROW, Sidney. *Unwanted children: Political Violence and the cycle of protest in Italy, 1966-1973*. *European Journal of Political Research*. 1986, vol. 14, issue 5-6, pp. 607-632. GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo. Op. cit.

⁹⁰ En ese contexto grupos de activistas entran en una fase creciente de radicalización y aislamiento del medio social circundante dentro de un proceso que Della Porta (DELLA PORTA, Donatella. *Social Movements, Political Violence and the State*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995) ha denominado "encapsulamiento", dando pie a la creación de una "subcultura radical" (Waldmann, Sirseldoudi y Malthaner. Op. cit.) en la que la lucha armada en sus diversas manifestaciones tiene un papel central.

auge o declive de las organizaciones revolucionarias, en la línea de lo que propone el enfoque de oportunidades políticas en el estudio de los movimientos sociales⁹¹.

4. Conclusiones

A lo largo de este trabajo se ha tratado de demostrar la conveniencia de insertar las movilizaciones revolucionarias latinoamericanas de las últimas cuatro décadas del siglo veinte, dentro de una única oleada de actividad revolucionaria de alcance global: la de la nueva izquierda. La existencia de una identidad revolucionaria común de índole verdaderamente transnacional –si bien plena de matices nacionales–, que incluía un horizonte político de carácter socialista, una estrategia de lucha armada, unas formas organizativas similares, y la presencia de múltiples vínculos ideológicos –y con no poca frecuencia organizativos y personales– permiten sostener esta afirmación.

En América Latina, esta oleada tuvo un primer evento desencadenante en la Revolución Cubana, pero la prolongación de la misma en el tiempo debe ser atribuida tanto a otros eventos internacionales –guerra de Vietnam, revuelta estudiantil del 68, Revolución Sandinista–, como sobre todo a la existencia de eventos traumáticos a nivel de cada país, que influyeron en la radicalización de distintas cohortes de individuos que se incorporaron a organizaciones revolucionarias ya existentes, o que fundaron nuevas organizaciones. La información disponible permite afirmar que, en algunos casos, estos procesos de radicalización se produjeron en el marco de olas de protesta más amplias, si bien aún desconocemos por la falta de datos empíricos, exactamente en qué casos esto fue así; y en los que estas olas de protesta efectivamente se produjeron, no conocemos tampoco en qué fase de las mismas se produjo el surgimiento de las organizaciones revolucionarias, o en qué medida organizaciones ya existentes contribuyeron al surgimiento de las propias olas. Esto se relaciona también, con la carencia en la mayor parte de la región, de estudios longitudinales sobre movilización⁹². En este sentido, hacemos énfasis en la conveniencia, por ejemplo, de promover investigaciones basadas en la metodología de análisis de eventos de protesta, que permitan poner en relación los cambios políticos y económicos en los diferentes países a lo largo de la segunda mitad del siglo veinte, con las modalidades de movilización que tuvieron lugar en cada uno de ellos a lo largo de esos años.

El reto, de forma más general, es iniciar una línea de investigación que inserte el estudio de la violencia revolucionaria en América Latina en una perspectiva de análisis de las formas cambiantes de la política contenciosa en la región. Esto implica dejar de contemplar a la violencia política como un fenómeno anómalo o extraordinario, para analizarla en el marco del repertorio diverso de estrategias de intervención en la política que utilizaron actores específicos dotados de identidades colectivas características en un periodo histórico concreto. Actores que, dicho sea de paso, en no pocas ocasiones no limitaron su participación en la política a la lucha armada, sino que la combinaron con la creación de organizaciones populares o político-electorales. Actores que emplearon también diversos repertorios de acción

⁹¹ TARROW, Sidney. *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza, 2004. 352 p.

⁹² Con la salvedad, por ejemplo, del excepcional trabajo de Paul D. Almeida sobre El Salvador (ALMEIDA, Paul D. Op. cit.).

violenta así como distintas formas organizativas en función de la fase de desarrollo organizativo en el que se encontraban, o de los procesos de adaptación de estrategias generadas en otros casos exitosos.

Otro aspecto importante sobre el que es necesario continuar profundizando es el de cómo los distintos eventos internacionales y nacionales –incluyendo por supuesto la Revolución Cubana–, así como las distintas experiencias de interacción de los militantes con las autoridades, fueron enmarcados e interpretados por estos como parte fundamental del proceso de construcción de una identidad revolucionaria. En este punto es clave analizar, por ejemplo, el rol desarrollado por las comunidades críticas de intelectuales populares en la construcción y adaptación de dichos marcos de interpretación, así como las diferencias entre los distintos casos nacionales en las características de esos marcos. De forma relacionada, pero dotado de una importancia propia, se encuentra el papel que cumplieron distintas manifestaciones culturales en este proceso, particularmente la música, la literatura y la poesía revolucionarias, que a través de la representación de las experiencias de los militantes, de la creación de imágenes míticas de los combatientes revolucionarios, o de la representación emotiva de eventos traumáticos, contribuyeron a la movilización de emociones y sentimientos y a la creación de una identidad colectiva.

La agenda de investigación que plantea una perspectiva como la que se ha propuesto a lo largo de este trabajo es por tanto muy amplia, y muestra que los estudios sobre las movilizaciones revolucionarias del siglo pasado en América Latina lejos de agotarse, pueden entrar en una nueva y prometedora fase de mayor profundidad, amplitud y conexión con las corrientes de la investigación internacional sobre violencia política.

5. Bibliografía

- ALEXANDER, Jeffrey; EYERMAN, Ron; GIESEN, Bernard; SMELSER, Neil J. y SZTOMPKA, Piotr. *Cultural Trauma and Collective Identity*. University of California Press. 2004. 304 p.
- ALMEIDA, Paul. *Waves of Protest. Popular Struggle in El Salvador, 1925-2005*. Minneapolis, Minn.: University of Minnesota Press, 2008. 298 p.
- ANDERSON, Jon Lee. *Che Guevara. Una vida revolucionaria*. Barcelona: Emecé, 2006. 704 p.
- BARTOLETTI, Julieta. *Montoneros: de la movilización a la Organización. Un caso paradigmático de militarización*. Tesis Doctoral, inédita. Universidad Nacional de San Martín, 2010.
- BARTOLETTI, Julieta. Organizaciones armadas revolucionarias latinoamericanas: problemas y propuestas de análisis. *Revista Pilquen*. 2011, año XIII, n. 14.
- BARTRA, Roger. *Guerrero bronco. Campesinos, ciudadanos y guerrilleros en la Costa Grande*, México: ERA, 2000. 178 p.

- BAUD, Michiel y RUTTEN, Rosanne. Introduction. *International Review of Social History*. December 2004, issue 49, pp. 1-18.
- BRAUNGART, Richard, G. y BRAUGART, Margaret M. Life – Course and Generational Politics. *Annual Review of Sociology*. 1986, vol. 12, pp. 205–231.
- CALVO GONZÁLEZ, Patricia. El proceso revolucionario cubano desde la óptica de la dimensión pública: el papel de los medios de comunicación. REY TRISTÁN, Eduardo y CALVO GONZÁLEZ, Patricia (eds.). *Actas del XIV Encuentro de Latinoamericanistas españoles. Congreso Internacional 200 años de Iberoamérica (1810-2010)* [CD-ROM]. Santiago: Universidad de Santiago de Compostela, 2010.
- CASTAÑEDA, Jorge. *La utopía desarmada*. Barcelona: Ariel, 1995. 583 p.
- CHÁVEZ, Joaquín M. *The Pedagogy of Revolution: Popular Intellectuals and the Origins of the Salvadoran Insurgency, 1960-1980*. Ph.D. Dissertation, New York: New York University. 371 p.
- CHÁVEZ, Daniel; RODRÍGUEZ GARAVITO, César A. y BARRETT, Patrick. *La nueva izquierda en América Latina*. Madrid: Catarata, 2010. 384 p.
- COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN. *Informe Final*. CVR: Lima, 2003. [Consulta: 15-09-2012]. Disponible en <http://www.cverdad.org.pe/ifinal/index.php>.
- DE LA CALLE, Luis y SÁNCHEZ-CUENCA, Ignacio. What We Talk About When We Talk About Terrorism. *Politics & Society*. 2011, vol. 39, pp. 451-472.
- DE LA CORTE, Luis. Terrorismo: un campo de estudio en expansión. *Revista de Psicología Social*. 2009, vol. 24, n. 2, pp. 115-118.
- DELLA PORTA, Donatella y TARROW, Sidney. Unwanted children: Political Violence and the cycle of protest in Italy, 1966-1973. *European Journal of Political Research*. 1986, vol. 14, Issue 5-6, pp. 607-632.
- DELLA PORTA, Donatella. *Social Movements, Political Violence and the State*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995.
- GAMSON, William A. *Talking Politics*. New York: Cambridge University Press, 1992. 290 p.
- GASPAR, Gabriel. *Guerrillas en América Latina*. Chile: FLACSO, 1997.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo. Las oleadas históricas de la violencia terrorista: Una reconsideración. *Revista de Psicología Social*. 2009, n° 24, p. 119-137.
- GOSSE, Van. *Where the boys are. Cuba, Cold War America and the Making of a New Left*. London- New York: Verso, 1993. 274 p.

- GOTT, Richard. *Las guerrillas en América Latina*. Editorial Universitaria, 1971.
- GUPTA, Dipak K. *Understanding Terrorism and Political Violence. The life cycle of growth, transformation and demise*. London: Routledge, 2008. 304 p.
- GUPTA, Dipak K. Terrorism, History and Historians: A View from a Social Scientist. *The Journal of American History*. June 2011, pp. 95-100.
- HARNECKER, Marta. *La izquierda en el umbral del siglo XXI. Haciendo lo imposible*. Madrid: S. XXI, 1999. 410.
- KECK, Margaret E. y SIKKING, Kathryn. *Activists Beyond Borders*. Ithaca: Cornell University Press, 1998. 240 p.
- KLIMKE, Martin. *The Other Alliance: Student Protest in West Germany and the United States in the Global Sixties*. Princeton: Princeton University Press, 2009. 368 p.
- LAMBERG, Robert F. La guerrilla urbana. Condiciones y perspectivas de la “segunda oleada” guerrillera. *Foro Internacional*. 1971, vol. 11, n. 3 (43) (enero-marzo), pp. 421-433.
- LAMBERG, Robert F. *La guerrilla en Latinoamérica*. Madrid: Mediterráneo, 1979 [1971].
- LAQUEUR, Walter. *Terrorismo*. Madrid: Espasa-Calpe, 1980.
- LIEBMAN, Arthur; WALKER, Kenneth N. y GLAZER, Myron. *Latin American University Students. A Six Country Nation Study*. Cambridge: Harvard University Press, 1972. 296 p.
- LIVERANI, Sesto: *Un anno di guerriglia*. Milano: la Pietra, 1971. 230 p.
- LOTTA ARMATA. *Notiziario di informazione e discussione della guerriglia*. Roma: s.n., 1970. 14 p. Ciclostilato.
- LOWY, Michael. *El marxismo en América Latina. Antología*. México: Era, 1982.
- MANNHEIM, Karl. El problema de las generaciones. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. 1993, n. 62, pp. 193–242.
- MARTÍN ÁLVAREZ, Alberto. *De Movimiento de Liberación a Partido Político. Articulación de los Fines Organizativos en el FMLN Salvadoreño (1980-1992)*. Madrid: E- Prints, Universidad Complutense de Madrid, 2004. 300 p.
- MARTÍN ÁLVAREZ, Alberto. *From Revolutionary War to Democratic Revolution. The Farabundo Martí National Liberation Front (FMLN) in El Salvador*. Berlín: Berghof Conflict Research, 2010. 44 p.

- MARTÍN ALVAREZ, Alberto. Desafiando la hegemonía neoliberal: Ideologías de Cambio Radical en la Centroamérica de Postguerra. *Historia Actual Online*. 2011, n. 25, pp. 111-123.
- MATTA ALDANA, Luis A. *Colombia y las FARC-EP. Origen de la Lucha Guerrillera. Testimonio del Comandante Jaime Guaraca*. Tafalla: Txalaparta, 1999. 214 p.
- MERCIER VEGA, Luis. *Las guerrillas en América Latina. La técnica del contra-estado*. Buenos Aires: Paidós, 1969. 219 p.
- MONTEMAYOR, Carlos. *La guerrilla recurrente*. México: Random – House Mondadori, 2007. 278 p.
- MOSS, Robert. *La guerrilla urbana*. Madrid: Editora Nacional, 1972.
- OIKIÓN SOLANO, Verónica y GARCÍA UGARTE, Marta Eugenia. *Movimientos armados en México, siglo XX*. México: El Colegio de Michoacán-CIESAS, 2006. 3 vols. 846 p.
- PEREYRA, Daniel. *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina*. Madrid: Libros de la Catarata, 1994. 254 p.
- POLLETTA, Francesca y JASPER, James F. Collective Identity and Social Movements. *Annual Review of Sociology*. 2001, n. 27, pp. 283-305.
- RAPOPORT, David C. Modern Terror: The Four Waves. En: CRONIN, Audrey K. y LUDES, James M. (eds.). *Attacking Terrorism: Elements of a Grand Strategy*. Washington, D.C.: Georgetown Univ. Press, 2004, pp. 46-73.
- REED, Theodore L. Organizational Change in the American Foreign Service, 1925 – 1965: The Utility of Cohort Analysis. *American Sociological Review*. 1978, n. 43, pp. 404-421.
- REY TRISTÁN, Eduardo. *La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973*. Sevilla: Universidad de Sevilla – CSIC-EEHA-Diputación de Sevilla, 2005. 472 p.
- REY TRISTÁN, Eduardo. Guerrilla o terrorismo. El debate en torno a la caracterización de algunas organizaciones revolucionarias a partir del caso de La Familia. *Diálogos, Revista Electrónica de Historia*. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, 2008.
- ROCA, José Manuel (ed.). El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992). Madrid: Los Libros de la Catarata, 1994. 202 p.
- ROCHON, Thomas R. *Culture Moves. Ideas, Activism, and Changing Values*. Princeton: Princeton University Press, 2000. 280 p.

- ROSENFELD, Jean E. (ed.) *Terrorism, Identity and Legitimacy. The four waves theory and political violence*. London: Routledge, 2011. 262 p.
- ROTE ARMEE FRAKTION: *La guerriglia nella metropoli*. Vol I: Testi della Frazione armata rossa e ultime lettere di Ulrike Meinhoff; Vol. II: Ideología e organizzazione della lotta armata. Verona: Bertani, 1979.
- SAGEMAN, Marc. Ripples in the Waves: Fantasies and Fashions. En: ROSENFELD, Jean E. (ed.). *Terrorism, Identity and Legitimacy. The Four Waves Theory and Political Violence*. London: Routledge, 2011, pp. 87-93.
- SARGENT, Lyman Tower. *New Left thought*. Homewood (Illinois): The Dorsey Press, 1972.
- SLOBODIAN, Quinn. *Foreign Front: Third World Politics in Sixties West Germany*. Durham: Duke University Press, 2012. 320 p.
- SOLARI, Aldo (comp.). *Estudiantes y política en América Latina*. Caracas: Monte Avila, 1968. 457 p.
- TAMARIZ, Cristina. La Liga Comunista 23 de Septiembre. Dinamica Politico Militar de la Guerrilla Urbana en la Ciudad de Mexico. En: OIKIÓN SOLANO, Verónica y URREGO ARDILA, Miguel Ángel (eds.) *Violencia y Sociedad. Un hito en la historia de las izquierdas en América Latina*. México: Universidad Michoacana San Nicolás de Hidalgo-El Colegio de Michoacán, 2010.
- TARROW, Sidney. *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza, 2004. 352 p.
- VARON, Jeremy. *Bringing the War Home. The Weather Underground, The Red Army Faction and Revolutionary Violence in the Sixties and Seventies*. Berkeley: University of California Press, 2004. 394 p.
- WALDMANN, Peter. Observaciones comparativas con respecto a los movimientos guerrilleros en la Argentina, Guatemala, Nicaragua y Uruguay. *Ensayos sobre política y sociedad en América Latina*. Barcelona: Alfa, 1983, pp. 157-189.
- WALDMANN, Peter; SIRSELOUDI, Matenia; MALTHANER, Stefan. Where does the radicalization process lead? Radical community, radical networks and radical subcultures. En: RANSTORP, Magnus (ed.). *Understanding Violent radicalization. Terrorist and Jihadist Movements in Europe*. London: Routledge, 2010. 263 p.
- WRIGHT, Thomas. *Latin America in the Era of the Cuban Revolution*. West Port, CT: Greenwood Publishing Group, Inc., 2000.
- WICKHAM-CROWLEY, Timothy P. *Guerrillas and Revolution in Latin America. A Comparative Study of Insurgents and Regimes Since 1956*. Princeton: Princeton University Press, 1992. 424 p.

WICKHAM-CROWLEY, Timothy P. *Two Waves of Guerrilla- Movement Organizing in Latin America*. Paper delivered at the 30th International Congress of LASA, San Francisco, 23-26 May 2012.

WHITTIER, Nancy. Political Generations, Micro – Cohorts and the Transformation of Social Movements. *American Sociological Review*. 1997, n. 62, pp. 760-778.